

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

# Las brujas de Harlem

Un grupo de brujas está obligando a las esposas de diplomáticos negros de la ONU a convencer a sus maridos de hacer algo. Y si no lo hacen, deberán matarlos. Ya han muerto algunos diplomáticos, por lo que Brigitte llama a Mabanga, la bruja que conoció en el Caribe, para que la ayude, y se lanza a la caza de las brujas de Harlem.



Lou Carrigan

# Las brujas de Harlem

**Brigitte en acción - 146**

**Archivo Secreto - 202**

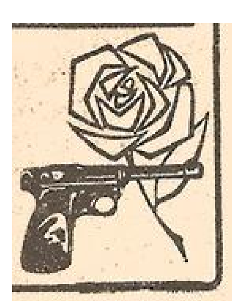
**ePub r1.0**

**Titivillus** 01.10.2017

Lou Carrigan, 1972
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

# Brigitte

# EN ACCION



# Capítulo primero

Almor Kimbatu se quedó mirando a su esposa entre asombrado y asustado. Él estaba en pijama, y ella en camisón… Un camisón rojo; transparente, que contrastaba sugestivamente con la negra piel de Niora, además de permitir vislumbrar sus perfectas, bellas formas. Niora era muy joven, y tan hermosa que Almor estaba convencido de que no podía haber otra como ella en toda África. Ni, por supuesto, en Estados Unidos.

—Lo siento —musitó al fin Almor—. No puedo complacerte en eso, Niora.

—¿Por qué no? —susurró Niora.

—Deberías entenderlo sin necesidad de explicaciones.

—Pues no lo entiendo. Ni creo que existan explicaciones para que tú te niegues a hacerlo. Simplemente, es que no quieres.

—No se trata de eso. Y te aseguro que existen explicaciones… Pero demasiado largas y complicadas.

—¿Crees que soy una tonta?

—No —sonrió Almor Kimbatu—. Sé que no lo eres. Eres muy joven, pero no tonta. Me entenderías, lo sé. Pero no es momento de explicaciones. Además, no quiero ni siquiera hablar sobre eso. Es imposible.

—No es imposible. Sólo se trata de que hables, Almor.

—Anda, deja ya de darle vueltas a esto, vamos, vamos, vamos, acuéstate ya… —sonrió—. Y trataremos un asunto en el cual sí podré complacerte.

Niora Kimbatu miraba fijamente a su marido. Él tenía quince años más que ella, pero, a sus treinta y cinco, Almor Kimbatu estaba, ciertamente, en la plenitud de su vigor e inteligencia. Era alto, bien proporcionado, con una musculatura bien definida, que destacaba en su negra piel como algo vivo y poderoso, a cada movimiento del cuerpo. Mientras se ponía la chaqueta del pijama,

cada músculo de los brazos y del tórax de Almor Kimbatu parecía cobrar vida, hincharse, estallar, para luego desaparecer y volver a aparecer, más fuerte, más hermoso y poderoso. Almor tenía los cabellos muy rizados, propios de su raza; los labios sólo, muy levemente abultados, y la frente bien curvada, inteligente. Sus ojos negrísimos contemplaban a Niora con una cierta sonrisa, como esperando que su proposición arreglaría definitivamente la discusión.

—No quiero acostarme contigo —dijo ella, de pronto.

Almor la miró incrédulamente, sorprendido.

—¿Qué dices? —musitó.

—Lo has oído bien.

—No seas niña. Es absurdo que nos disgustemos por una cuestión como ésa.

—Podrías hacer lo que te he pedido.

—Podría hablar sobre el asunto, desde luego. Pero no pienso hacerlo… No puedo hacerlo…, ni quiero hacerlo, Niora. ¿No lo comprendes? Yo solamente soy un empleado más o menos importante de nuestra embajada. Sólo eso. En Nueva York no soy nadie… Nadie. Pero aquí vivimos bien: tenemos un hermoso apartamento, con calefacción y demás comodidades, y un auto, y, personalmente, un porvenir prometedor. Si hago lo que me pides, perderemos todo eso, y no habremos conseguido nada. Te lo aseguro: no conseguiría nada. No quiero perder todo lo que tengo sólo por pedir algo que sé que no van a concederme… Además, todo ese asunto no es cuenta nuestra, sino una… interioridad americana. No tengo ni siquiera derecho a mencionarlo cuando tenga la palabra. Y no lo haré. Lo siento.

—Entonces, no me acostaré contigo.

Almor Kimbatu frunció ligeramente el ceño. De nuevo se recreó en la contemplación de aquel bello y elástico cuerpo negro bajo la transparencia del rojo camisón.

—Te ruego que lo pienses bien, Niora —susurró.

—Lo he pensado. No me tendrás esta noche…, ni ninguna otra noche.

—Niora…

Ella dio media vuelta, bruscamente, y se dirigió al cuarto de baño. La puerta se cerró a su espalda, un tanto fuertemente.

Durante unos segundos, Almor Kimbatu estuvo con la mirada fija en la puerta. Por fin, hosco el gesto, se acostó, y apagó la luz de su lamparilla de noche, de modo que sólo quedó encendida la de su esposa. Colocó las manos en la nuca, y se quedó contemplando el techo, hoscamente. Estaba irritado, ciertamente, pero todavía más sorprendido. Niora jamás se había inmiscuido en su trabajo durante los dos años que llevaban casados. Y de pronto, lo hace, tocando además un tema que era auténticamente tabú en su embajada. No por falta de ganas de exponerlo en cualquier asamblea, sino porque de ninguna manera convenía desde el punto de vista político hablar de ello.

Estuvo reflexionando todavía durante cinco minutos, mirando de vez en cuando a la puerta del cuarto de baño. Por fin, ya francamente disgustado, se colocó de lado, dispuesto a dormir. Por la mañana, ambos más tranquilos, podrían solucionar la primera discusión habida entre ellos. Era lo mejor.

Dos o tres minutos más tarde, oyó abrirse la puerta del cuarto de baño, y la luz llegó hasta el techo, como un rectángulo dorado. Giró hacia su costado derecho, y, al ver a su esposa, sonrió. Ella se había quitado el camisón, y la luz, llegando por detrás, la ofrecía a los ojos de Almor Kimbatu como una auténtica maravilla. Tenía las manos a la espalda, y su cuerpo se erguía, un tanto rígido, quizá, pero maravilloso.

—Sabía que comprenderías —murmuró dulcemente Almor Kimbatu—. Anda, ven: no ha pasado nada.

Niora comenzó a caminar hacia él… De un modo extraño, moviendo solamente las piernas, sin oscilaciones de tórax, siempre con las manos a la espalda. Llegó junto a la cama, al lado de su esposo, y se quedó mirándolo fijamente, los ojos muy abiertos, la expresión notablemente desencajada.

Pero Almor Kimbatu no se dio cuenta de ello, porque había alzado una mano, y estaba acariciando a su bella esposa, suavemente.

—Vamos a olvidarlo, Niora —decía—. Mañana… ¿Qué te ocurre? Pareces como empapada en transpiración —alzó la mirada hacia su rostro, al fin—. ¿Qué has estado…?

Se quedó mudo de asombro y espanto. En realidad, más asombro que espanto. Niora había retirado sus manos de la espalda, al fin, y,

en la derecha, la luz brilló sobre las tijeras que empuñaba crispadamente, cerradas, agudas sus hojas juntas…

Almor Kimbatu ni siquiera tuvo tiempo para recuperarse de su sorpresa. Ni de su espanto. La mano derecha de la bella Niora descendió, fuertemente, salvajemente, hacia su pecho, y las tijeras se hundieron en la negra carne musculosa. Kimbatu lanzó un alarido, y cayó hacia atrás. Intentó incorporarse, pero, tras retirar las tijeras, Niora las volvió a clavar.

Y lo hizo otra vez.

Y otra.

Y otra…

# Capítulo II

No sabía qué hacer.

Desde luego, le gustaba divertirse, pero últimamente, lo que la gente llama «divertirse» no era de su completo agrado. Por supuesto que pasar la noche de fin de año, la *year-end*, cenando con buenos amigos, bailando y bromeando, no era en absoluto descabellado. Y tenía buenos amigos. Muchos y muy buenos amigos, que la habían invitado a despedir el año mil novecientos setenta en su compañía. Podía elegir entre lo mejor de Nueva York, empezando por el propio gobernador.

En fin, ya pensaría en ello. Todavía quedaban algunos días, y no tenía por qué decidir nada de momento.

Pensando en estos triviales asuntos, Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más astuta, implacable y hermosa jamás habida en el mundo entero, frenó al fin su hermoso «Thunderbird» azul en el aparcamiento, junto a su «Buick» especial, también azul, pero mucho más oscuro, tanto que casi parecía negro.

Se apeó, fue hacia el ascensor que desde el *parking* subterráneo ascendía al vestíbulo del Crystal Building, lo tomó, tomó poco después el ascensor, tras saludar con una sonrisa al viejo Pete, conserje del edificio más suntuoso de la Quinta Avenida neoyorquina y, finalmente, se encontró en el piso veintisiete, donde tenía su apartamento.

Apenas entrar en éste, supo que algo estaba ocurriendo. Algo inofensivo, desde luego…, pero algo. Era una cosa sutil en el ambiente que le permitía darse cuenta de que había una novedad. A veces, ella misma se sentía un poco aterrada, por aquella capacidad suya de percibir aquellas pequeñas cosas.

Y, en efecto, era muy pequeña cosa: tenía visita. Lo notaba, sencillamente. Dos segundos más tarde, al colgar su abrigo en el amplísimo *office*, vio el sombrero y el abrigo, ambos de hombre, y

su ceño se frunció. Conocía aquel sombrero y aquel abrigo.

Cerró el office, y, mientras caminaba hacia el *living*, saludó en voz alta:

—Hola, tío Charlie.

Cuando apareció en la puerta del *living*, Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, estaba en pie, mostrando una expresión algo irritada. En su mano derecha había una fina copa alargada que contenía un líquido oscuro.

—Espero poder sorprenderla algún día —refunfuñó.

—Quizá llegue es día. Pero antes, asegúrese de que por la mañana no se ha puesto su masaje after-shave, que aquí no fuma su marca preferida de cigarrillos, y procure no dejar su sombrero y su abrigo en mi office.

Pitzer refunfuñó algo por lo bajo. Luego, mostró la copa en la que brillaba el oscuro líquido.

—Peggy ha salido a hacer un recado, y me ha dejado solo… Me he permitido invitarme a jerez.

—Está usted en su casa —sonrió la divina espía—. ¿Puedo ponerme cómoda, o tengo qué salir ahora mismo para Hawai, Alaska, París, Buenos Aires, Bombay…?

—No tiene que salir de Nueva York. ¿Acaso he dicho algo sobre un viaje?

—Es una lástima… Daría cualquier cosa por que me enviase a las Hawai. ¿Ha venido sólo a beberse mi sherry?

—Es una visita… social:

—Oh.

—Bueno… De paso, tengo instrucciones para hacerle una consulta.

—¿Cómo dice?

—Cosas de la Central. Aunque el asunto parece que no nos incumbe directamente, han considerado oportuno aprovechar que usted está en Nueva York para someter a su juicio ciertos… acontecimientos.

—¡Pero qué amables son en la Central…! Es mucha gentileza por parte de nuestros sesudos caballeros pensar en mí… fuera de horas de… oficina.

—Ejem… Bueno, en realidad… digamos que yo… sugerí que no se perdía nada consultándola a usted.

—Ah… Es usted el culpable… Bien: ¿se trata de alguna jugada de bolsa, quizá?

—Usted siempre con sus bromitas —masculló Pitzer.

—El buen humor alarga la vida. Usted morirá prematuramente, tío Charlie.

—Muy graciosa: Esto… Supongo que está enterada de lo sucedido a uno de los delegados de Koanda.

—Sí —sonrió inexpresivamente Brigitte—. Lo he leído esta tarde en uno de los periódicos de la competencia. Miky Grogan estaba que mordía por no haber sido el primero en dar la noticia. Pero, ya se sabe: los periódicos matutinos se componen por la noche, de modo que lo sucedido o revelado por la mañana, no pueden publicarlo hasta el día siguiente. O sea que si un…

—Sí, sí; sí… Ya sé todo eso. ¿Qué opina del asunto?

—¿De ese extraño homicidio cometido por la esposa del delegado de Koanda?

—Si, de eso.

—Pues no sé… No opino nada. ¿Tendría que opinar algo? Es un homicidio, simplemente: Niora Kimbatu, esposa del segundo delegado de Koanda, Almor Kimbatu, mata a su marido con unas tijeras cuando éste se hallaba acostado… ¿Hay algo más?

—La noticia, escuetamente, es ésa. Añadiré que la esposa, Niora Kimbatu, está ahora en una clínica particular, adecuadamente custodiada por miembros de la embajada de Koanda.

—Supongo que habrán recurrido a un psiquiatra.

—Sí.

—Claro… Pues entonces, que opine él, no yo. Iré a ponerme cómoda. ¿Le importa? Sírvase más jerez, si gusta.

Se fue por el amplio pasillo, entró en su dormitorio y ajustó la puerta. Se desnudó, se descalzó, y encendió un cigarrillo. Luego, sobre las dos diminutas prendas íntimas, se puso una bata con cuello y puños de piel, mientras metía los piececitos en unas peludas zapatillas también de color azul, y se contemplaba en el espejo del tocador, sonriendo. Cualquier día encontraría una arruguita en la boca, o en los ojos, y entonces ya no sonreiría. Claro que para eso faltaban muchos años, pero…

—¿Está visible? —Oyó tras la puerta.

Se volvió.

—Pase, tío Charlie. Yo siempre estoy visible.

Pitzer entró con una cierta esperanza en sus ojos, pero se desilusionó en seguida. Aunque, recapacitando, ver a Brigitte Montfort en la intimidad, no era espectáculo que pudiese gozar cualquier mortal. Era un privilegio tan grande que…

—No sé qué hacer este fin de año, tío Charlie. —Dijo Brigitte—. Por un lado…, me gustaría divertirme un poco…

—No creo que encuentre dificultades para eso.

—Pues las estoy encontrando. Para mí, divertirme es una palabra, solamente. En realidad, no sé lo que quiero… O quizá lo sepa, pero no me atrevo a…

—Naturalmente, usted ha entendido que ese Almor Kimbatu era delegado de su país en la ONU.

—¿Eh…? Oh, sí. Sí, naturalmente. ¿Volvemos a lo mismo? Ya le he dicho que la persona más indicada para dar una opinión es el psiquiatra que esté atendiendo a la señora Kimbatu. ¿Qué puede importar mi opinión?

—Han ocurrido otros dos casos.

Brigitte se quedó con el cigarrillo en alto durante un par de segundos. Luego, fumó, lentamente, fija su maravillosa mirada azul, en su jefe de sector. Expeliendo el humo, preguntó:

—¿Otros dos casos… idénticos?

—Sí.

—¿Me está diciendo que otras dos personas han matado a sus maridos con unas tijeras?

—Una, con un abrecartas. La última, con un cuchillo de cocina.

—Por Dios… ¿Acaso vamos a sospechar, que están atentando contra todos los miembros, de la embajada de Koanda en Nueva York…?

—Los dos últimos homicidios no han sido de miembros de esa embajada.

—¿Cómo?

—Esta vez, los afectados corresponden a los países de Gambia y Gabón.

—¿También africanos? ¿También negros?

—Exactamente.

—¿También delegados en la ONU?

—Por supuesto.

—Tres esposas asesinan, a sus maridos, los tres delegados de sus respectivos países en la ONU… ¿Los tres murieron en la misma noche, o sea, la pasada?

—Sí. Sólo que dos de ellos han podido manejar el asunto con más discreción. No la suficiente, sin embargo, para que nuestros servicios de vigilancia dejasen de enterarse. Los dos últimos casos parece ser que no trascenderán a la Prensa. Se está haciendo lo posible por conseguir esa discreción absoluta.

—Me parece acertado. Es extraño esto, lo admito… Pero ¿qué puedo opinar yo? ¿Por qué sugirió usted a la Central que se me consultase?

—Bien… De todos nuestros agentes, usted es la que más misiones, en ambientes exóticos ha corrido. Es la más preparada para dar su opinión.

—No entiendo qué hay de exótico en todo esto, tío Charlie. Son tres homicidios que pueden tener sorprendentes explicaciones, eso sí lo admito…, pero no veo exotismo por ninguna parte, así que…

—Uno de nuestros agentes de vigilancia para diplomáticos extranjeros consiguió enterarse de algo… sorprendente. Un buen profesional, que supo hacer su trabajo. Parece ser que la esposa del asesinado diplomático de Gambia, que igual que las otras dos, estaba bajo una agudísima crisis mental, mencionó algo de brujería.

Brigitte quedó estupefacta.

—¿Está bromeando? —musitó al fin.

—No.

—Vamos, vamos, tío Charlie… No existe la brujería, no existen las brujas, ni nada de esas cosas que hacen temblar a los crédulos… Me consta que todo está bajo el control de cualquier cerebro humano, y que cualquier cosa que suceda, por extraña que sea, tiene siempre una explicación absoluta, razonable. Si lo que quieren en la Central es mi opinión, ya la tiene: transmítala a Langley, eso es todo.

—Entonces…, ¿no siente interés ni siquiera personal por las brujas de Harlem?

—¿Por las brujas de qué? —exclamó Brigitte.

—Las brujas de Harlem. La esposa del acuchillado delegado de Gambia las mencionó, según informa nuestro agente.

—¿Y qué dijo de esas brujas? —sonrió desdeñosamente Brigitte.

—Nada. Las menciona entre histerias, temblando todo su cuerpo… Eso es todo lo que sabemos. Según parece, las tres mujeres podrían muy bien ser asiduas de Harlem. Las tres son negras.

—¿Está diciéndome que en Harlem hay brujas? ¿Y que esas tres mujeres iban a verlas? ¿Y que esas hipotéticas brujas han podido tener algo que ver con los tres asesinatos?

Pitzer entornó los ojos astutamente.

—¿Usted qué opina? —preguntó a su vez—. ¿Es eso posible?

—Los tres murieron apuñalados, ¿no es así? ¿Qué tiene eso de brujería?

—En la Central están esperando su opinión clara y concreta… No olvide que este asunto está afectando a delegados de la ONU.

—Esta es mi respuesta para la Central: no creo en brujerías.

—Gracias —Pitzer se dirigió hacia la puerta del dormitorio, sonriendo extrañamente; se volvió en el umbral—. Si no encuentra nada mejor para la noche de final de año, yo siempre estoy en la floristería, Brigitte.

—Lo tendré en cuenta —sonrió la divina—. Buenas noches, tío Charlie.

* * *

—Buenas noches, tío Charlie.

Pitzer alzó la mirada del libro en el cual estaba haciendo anotaciones, y sonrió crispadamente.

Lo cerró, miró a Simón, miró a Brigitte, y señaló por fin una silla junto a la suya del despacho interior de la floristería.

—La estaba esperando… ¿No quiere sentarse?

Brigitte se sentó, y colocó sobre la mesa de Pitzer un periódico, extendiéndolo. Pitzer miró los grandes titulares de la primera página, y asintió con la cabeza.

—Es por esto que sabía que usted vendría esta tarde a la floristería: dos asesinatos más de diplomáticos de países africanos delegados en la ONU. Y con éstos; van cinco, que nosotros sepamos, ya que estos dos son los que publica hoy la Prensa… Quizá haya habido más, que han conseguido permanecer en secreto… ¿Sigue sin creer en la brujería?

—¿Acaso usted cree en ella?

—No —negó Pitzer.

—Yo tampoco —susurró Brigitte—. Anoche se lo dije así, y no pienso retractarme. Sin embargo, puesto que han muerto cinco diplomáticos negros delegados en la ONU, habrá que pensar algo respecto a esas brujas de Harlem.

—Es una lástima que ya haya pasado Navidad… —dijo Simón, todavía en la puerta—. Podríamos regalarles escobas a esas brujas.

—¿Para volar? —sonrió Brigitte.

—No, para que barriesen sus cerebros.

—Buena idea —sonrió de nuevo la espía internacional—. Pero habrá que tratar este asunto en serio, Simón. No lo de la brujería, pero sí lo de esos cinco asesinatos, cometidos todos por las esposas de las víctimas. Si no fuesen todos delegados de sus respectivos países en la ONU, dejaríamos el caso a la policía o al FBI. Pero… básicamente, mis esfuerzos son siempre en pro de la paz. Y este asunto puede ocasionar muchos disturbios inesperados. Tendremos que solucionarlo, ¿verdad?

Pitzer y su ayudante Simón cambiaron una mirada. Luego, los dos miraron a Brigitte, poco menos que aterrados.

—Por Dios —musitó Pitzer—. ¡No me diga que ya sabe por dónde empezar!

—Necesitaré un avión.

—¿Un avión? ¡Pero si Harlem está ahí al lado…!

—O mejor, una avioneta.

—Pe… pero…

—Y un piloto de toda confianza, que deberá emprender un largo viaje hacia el Sur, tío Charlie.

—Pero, Brigitte, no comprendo lo que…

—¿Qué le ocurre, tío Charlie? ¿Ya he dejado de ser la preciosa criatura que lo resuelve todo? ¿Ya no confía en mí?

# Capítulo III

La pequeña y veloz avioneta tomó tierra, por fin, cerca de Langley, y aún más cerca de la Central de la CIA. Entonces, el coche negro se puso en marcha, rodando hacia donde se había detenido el aparato. Cuando el auto se detuvo allí, Brigitte se apeó rápidamente, aun antes de que la portezuela del avión se hubiera abierto, pocos segundos después, la portezuela se abría, y un atlético agente de la CIA saltaba a tierra. Se volvió, tendiendo sus fuertes brazos para ayudar a otra persona que, cuando apareció, dejó atónitos a los dos caballeros que esperaban en el auto.

Era una negra. Una negra gordísima, enorme, con unos senos descomunales, pasmosos, extraordinarios, superiores en tamaño a la cabeza del más cabezudo ser humano que pudiera existir. En realidad, toda ella era descomunal, fantástica, como una tremenda bola de carne negra. Como contraste, destacaban sus cabellos grises, recogidos en un moño. Quizá tendría sesenta años. Quizá setenta. Quizá mil quinientos… Sus ojos eran pequeños, brillantes, de una negrura sobrecogedora, y su gruesa boca se distendió en una colosal sonrisa, por encima de la tremenda papada de triple curva, al ver a Brigitte Montfort, hacia la cual alzó una grandísima manaza brillante, exclamando:

—¡Que todos los espíritus del bien sean contigo, querida niña!

Brigitte se echó a reír. Y aún rió más cuando, al ayudar a la gordísima negra a saltar del aparato, Simón casi cayó al suelo, donde, sin lugar a dudas, habría quedado aplastado bajo la mole. Todavía estaba tambaleándose Simón cuando la negra corría, rodaba más bien, hacia Brigitte, que acudía a su encuentro, ambas con los brazos abiertos.

—La va a estrujar como a un huevo —gimió Pitzer, dentro del coche.

—Baby aguantará —sonrió míster Cavanagh—. ¡Demonios, así

lo espero!

Baby aguantó el abrazo, ciertamente. Pero casi desapareció entre los voluminosos senos de la negra, que palmeteaban su espalda como si quisiera hundir sus manazas en ella. Por fin, la apartó, y la miró de arriba abajo, sujetándola por las manos.

—¡Ah, querida niña, qué hermosa, qué hermosa…! —exclamó con estremecida alegría—. ¡Sigues siendo la más hermosa mujer blanca de todo el mundo! ¿Cuántos hijos tienes ya?

—Todavía ninguno, Mabanga. —Rió Brigitte—. Pero no te haré quedar mal con tus espíritus: te prometo que antes de morir, habré sido madre por cuatro veces, tal como me vaticinaste hace tres años. ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus hijos, y Nando…?

—Todos bien, todos bien… ¡Mabanga se ocupa de alejar de ellos los malos espíritus! Y también para ti he estado haciendo invocaciones durante estos años, también… ¿Verdad que no te ha ocurrido nada malo?

—No —rió Brigitte de nuevo—. No me ha ocurrido nada malo. Y te agradezco que te hayas ocupado de ello. ¿Has tenido buen viaje?

—Mucho, muy bueno, sí. Tu amigo es simpático —señaló a Simón—. Y el avión es muy bonito y cómodo. Pero… tú no has cumplido tu promesa: jamás has vuelto a Antillanie.

—He estado muy ocupada, te lo aseguro. Pero, como ves, no te he olvidado… ¿Sigues siendo bruja, Mabanga…?

—¡Querida niña…! ¡Claro que sigo siendo bruja! Una bruja no puede dejar de serlo jamás, a menos que falte a su pacto con los espíritus que le sirven de comunicación… ¡Y yo jamás faltaría a ese pacto!

—Estupendo. Ven, te voy a presentar a unos amigos que cuando supieron que había enviado a buscarte se interesaron mucho en conocerte.

Les hizo una seña a míster Cavanagh y a Pitzer, que salieron al fin del coche. Los presentó, y ambos estrecharon la manaza de Mabanga, que los miraba atentamente. En seguida, la vieja bruja notificó:

—Ellos te quieren mucho, querida niña, mucho. Yo me alegro de conocerlos por eso… Pero éste —señaló a Pitzer—, tiene algo malo en el estómago. ¿Quieres que lo cure?

Pitzer pareció aterrado, y Brigitte se echó a reír.

—Eso tiene que decirlo él, Mabanga. ¿Qué le parece, tío Charlie? ¿Quiere curar sus dispepsias y ardores estomacales?

—Bue-bue… bueno, yo… yo… yo… Creo que… que será mejor esperar a otra ocasión, sí…

Mabanga miró a Brigitte.

—Tío Charlie no cree en mí, ¿verdad?

—Temo que no, Mabanga —sonrió la espía.

—Peor para él, peor… Mabanga podría curarle, pero no lo hará si él no quiere ser curado. Tengo hambre, querida niña.

—Oh, sí… Lo entiendo. El viaje en avión ha sido muy largo. Te invitaré a comer. Pollo, frutas tropicales, pescado y leche de cabra. ¿Qué te parece?

—¡Muy bien! Sí, eso voy a comer… ¡Me gusta!

Cavanagh tiró de una manga a Brigitte.

—¿De dónde sacamos la leche de cabra? —musitó.

—De una cabra —contestó Brigitte.

—¿Y la cabra?

—Oh, vamos… ¡No me diga que el jefe de todos los espías americanos de acción no sabe dónde encontrar una cabra!

—La leche no es de cabra —dijo Mabanga.

—No tenemos cabras cerca de aquí, Mabanga —sonrió Brigitte.

—¿No tenéis, cabras aquí? ¿Sois pobres?

—Mmmm… Bueno, tenemos otras cosas que…

—Pero no tenéis cabras.

—No.

—Entonces, sois pobres. Te enviaré una cabra cuando vuelva a Antillanie. Así tendréis aquí facilidad para beber leche buena siempre que queráis.

Cavanagh y Pitzer se miraron, aterrados. ¡Una, cabra en la Central de la CIA! Afortunadamente, claro, Brigitte iba a rechazar amablemente el ofrecimiento…

—Justamente es lo que hace falta aquí, Mabanga: una cabra muy hermosa que dé mucha leche —dijo Brigitte—. Te agradeceremos mucho el regalo.

—También os enviaré fruta fresca y buena de verdad, y un gallo y seis gallinas.

—Magnífico… Todos estamos muy contentos por ello… ¿Verdad, amigos?

—Clar… claro… Muy contentos, sí —tartamudeó Pitzer.

—Contentísimos —mascculló Cavanagh—. ¡Contentísimos!

—Si cuidáis bien a las gallinas, pondrán muchos huevos, que tendrán el signo del gallo. En poco tiempo tendréis polluelos y luego más gallinas y más gallos —sentenció Mabanga—. Cuando eso ocurra, ya seréis más ricos.

—Qué bien —casi gimió Pitzer.

—Qué estupendo —apoyó Cavanagh—. Instalaremos un gallinero en la parte trasera del edificio.

—Tus amigos son inteligentes —elogió Mabanga; miró a su alrededor, como desconcertada—. Pero hay algo que no entiendo: ¿por qué tenéis una casa tan grande, con tanta gente en todas partes… si ni siquiera tenéis cabras ni gallinas?

—Nos arreglamos como podemos —aseguró Brigitte, conteniendo la risa—. Mabanga: te he llamado porque necesito tu ayuda.

—Lo sé. Yo les quitaré el poder a las brujas que te están molestando.

Los tres respiraron, y se quedaron mirando sobresaltadísimos a la vieja Mabanga.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Brigitte.

—De las brujas malas. De las que hay en Nueva York, en un sitio llamado Harlem.

—Por el amor de Dios —jadeó Pitzer—. ¿Cómo sabe usted eso?

—El vudú me llevó la noticia. El aire se llenó de las noticias y llegaron hasta mí.

—¿En el aire? —susurró Cavanagh.

—En el aire del vudú que sopla siempre en todas direcciones. Mabanga sabe que hay brujas en Nueva York.

—Pero ¿cómo puede saber…? —empezó Pitzer.

—¿Serías capaz de encontrarlas, Mabanga? —le interrumpió Brigitte—. ¿Podrías hacerlo?

—¿Quién mejor que una bruja para encontrar a otras brujas? ¿No me has hecho venir precisamente por eso, querida niña?

—Sí. Desde luego, Mabanga. Pero escúchame bien: hay mucho peligro en esto. Esas brujas no son auténticas… como tú. Tú sí eres una gran bruja auténtica, pero ellas no. Si se dan cuenta de que las estás buscando para señalármelas a mí, para delatarlas, querrán

eliminarte… Y no lo harán por medio del vudú.

—¿Cómo lo harán entonces? —sonrió desdeñosamente Mabanga.

—Bien… Quizá alguien te dispare con pistola, o te clave un cuchillo en la espalda…

—Eso no lo hace una bruja.

—Lo sé. Mira… Nosotros estamos buscando a unas personas que parecen o dicen o quieren ser brujas, y que están en Harlem. Creo que son unas impostoras, Mabanga, de modo que si saben que tú vas dispuesta a perjudicarlas, querrán matarte. ¿Lo entiendes? ¿Me entiendes?

—No podrán matarme. Y menos, si son unas impostoras.

—Precisamente, eso es lo que temo. Si quisieran matarte solamente con vudú, no temería por ti, porque… porque sé que eres la más poderosa bruja del mundo. Pero antes de que aceptes ayudarme, quiero que sepas que ellas, precisamente por ser impostoras, querrán matarte como te he dicho: con pistolas, o cuchillos, o te harán atropellar por un auto…

Mabanga reflexionó unos segundos.

—¿Tú crees que voy a estar en peligro, Baby?

—En mucho peligro, Mabanga. Y no de vudú, precisamente. Pero no estarás en peligro si después que yo te cuente lo que está pasando, tú haces solamente lo que yo te diga.

—¿Qué tendría que hacer?

—Ser amiga de esas falsas brujas.

Mabanga volvió a reflexionar. Y acabó sonriendo astutamente.

—¿Quieres decir que las estaré engañando?

—Exactamente.

—¿No deberé decir que yo soy una bruja?

—Por el contrario. Cuando llegues a Harlem, y te instales allí, te apresurarás a hacer saber a todos los negros que ha llegado la bruja más poderosa de todas las brujas. Irás allá, te instalarás, harás todas las mejores brujerías que sepas…, y cuando las otras brujas se den a conocer por ti, tú serás amiga de ellas. Y todo esto, Mabanga, tiene que hacerse deprisa, muy de prisa… Esta misma noche, tienes qué estar instalada en Harlem. Ya tienes allá un apartamento, todo está solucionado. Llegarás, te instalarás, y en seguida, por medio del aire que lleva las noticias del vudú, harás saber a todo Harlem que ha

llegado Mabanga, la más poderosa de las brujas del mundo. Todo tiene que ser muy de prisa, muy de prisa, Mabanga.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque esas brujas están instigando asesinatos. Ya han cometido cinco… Y nosotros pensamos que están preparando muchos más.

—¿Por qué lo hacen?

—Eso es lo que queremos saber, precisamente. Pero antes, tenemos que encontrar a las brujas de Harlem.

—Sí, lo entiendo. Yo las encontraré para ti muy pronto. Antes de tres cantos de gallo, las habré encontrado.

—Y te harás amiga de ellas.

—Si tú lo quieres así, seré amiga de ellas. Pero… ¿para siempre?

—No. Cuando las tengamos a todas las mataremos.

Los ojos de Mabanga relucieron intensamente.

—Ah, sí… Las mataremos. Tú y yo las mataremos, Baby. Mabanga sabe hacer eso muy bien… ¡Mira!

Hizo un ademán como si lanzase algo al suelo, y, en un lado de la oficina donde habían comido los cuatro, brotó un fogonazo auténtico, rojo y azulado. Cavanagh y Pitzer lanzaron un grito, y se pusieron en pie de un salto, pálidos de pronto. Brigitte se limitó a sonreír, y luego palmeó amistosamente la mano de Mabanga.

—Tu magia sigue siendo poderosa, Mabanga, —elogió—. Me alegro mucho de ser amiga tuya.

—Para ti, desde aquel día, sólo tengo buenos deseos. Y voy a rogarte que me permitas demostrártelo. Silencio… Silencio…

Cerró los ojos, y Pitzer, Cavanagh y Brigitte se quedaron mirándola, muy atentos. Mabanga no se movió. No hacía nada… Pero de pronto, los tres comenzaron a percibir aquel delicado, delicioso olor en la oficina. Un aroma exquisito, que durante unos segundos, lo llenó todo…

Mabanga abrió los ojos.

—Espero que te guste —dijo.

—Mucho —sonrió Brigitte—. Y agradezco la delicadeza de tus espíritus. Ahora, si te parece bien, te lo explicaré, y quedaremos de acuerdo en todos los detalles.

Una hora más tarde, Mabanga estaba instalada en la parte de atrás de un coche que la sacaría de Langley. Junto al coche, Pitzer,

Cavanagh y Brigitte, que sería la encargada de conducir.

—Es un plan razonable, teniendo en cuenta las circunstancias —musitó Cavanagh—. Pero muy peligroso para Mabanga, Baby.

—Ella estará protegida en todo momento —sonrió enigmáticamente la espía—: yo lo garantizo.

—¿Qué clase de protección?

—Pues la…

—Con lo que esa mujer hace, no creo que necesite que nadie la proteja —dijo Pitzer—. ¿Cómo pudo hacer lo del fogonazo, lo del perfume…?

—¿Nunca ha visto sacar palomas de un pañuelo, tío Charlie?

—Si, pero…

—Pero ¿qué? Magia, simplemente. Estamos cansados de verla en espectáculos, en el cine, en la televisión…

—Eso quiere decir que Mabanga sabe que no es una bruja.

—Por el amor de Dios… No le diga eso a ella. Nosotros sabemos que no es una bruja. Pero si ella quiere convencerse a sí misma, ¿qué mal nos hace? Lo que importa es que las otras «brujas» acudan a ella. Y eso sólo puede conseguirlo Mabanga. ¿De acuerdo? Pues adiós. Ya nos…

—¿Y cómo supo lo que ocurría en Harlem? Ella sabía que…

—¿Cómo se enteran los filatélicos de dónde están los mejores sellos para sus colecciones? El viento de las noticias, que las esparce entre los interesados. ¿Brujería en Harlem? Pues Mabanga, y cientos de Mabangas más, se enteran.

—De todos modos, me gustaría… conocer ese remedio contra mis dispepsias —murmuró Pitzer.

—Tío Charlie —rió Brigitte—. ¡No me diga que ella le ha impresionado realmente!

—Bueno… No, no, pero… Vaya…

Refunfuñó algo más, porque se dio cuenta de que Brigitte y Cavanagh lo miraban con irónica amistad. Brigitte le dio un cariñoso cachetito, y estrechó la mano a Cavanagh, todavía sonriendo.

—*Ciao* —se despidió— Mabanga y yo nos vamos a cazar brujas.

Y se metió en el coche donde la esperaba la gordísima hechicera de vudú.

# Capítulo IV

Aquella misma noche, la voz había corrido ya seguramente por todo Harlem: una gordísima hechicera, procedente del Caribe, acababa de instalarse en un sótano de la West 134th Street, cerca de las Harlem Houses; y había llegado acompañada de una de sus nietas, una linda mulata llamada Cora, que, se aseguraba, le servía de médium para comunicarse con los espíritus.

Y también aquella misma noche se produjeron las primeras visitas al sótano donde se había instalado la vieja Mabanga, que así se llamaba la hechicera de los más grandes poderes, facultad ésta que había corrido de boca en boca.

En la «sala de espera», fría y tétrica, con un ventanal que daba a la calle a ras del suelo, había reunidas, hacia las once de la noche, no menos de una docena de personas, todas ellas de raza negra, y de ambos sexos.

La primera en ser recibida en el cuarto contiguo fue una anciana encorvada, de sucios cabellos grises, harapienta, tuerta, y que cojeaba al andar, como si fuese a caerse de un momento a otro hacia el lado donde le fallaba la pierna; era ya poco menos que un milagro que conservase el equilibrio. Apenas entrar en el cuarto de las visitas, percibió el olor a sándalo, intenso, y de momento eso fue todo, porque la estancia estaba prácticamente a oscuras. Solamente, en el centro, había un gran recipiente de cobre, parecido a una palangana, y en el cual ardían unos troncos; entre el fuego, y el calor que éste comunicaba al recipiente de cobre, provocaban un calor que hacía grata la temperatura del cuarto de las magias. Y la luz, roja y amarilla en el centro, se iba tornando negra cerca de las paredes, en los rincones… Una iluminación parca, que permitía ver bien a la gordísima negra sentada ante el fuego, pero sólo como a una sombra a la otra mujer, de piel algo más clara, sentada con las piernas cruzadas sobre lo que, seguramente, era una piel de cabra.

La gran Mabanga llevaba un sayal negro, basto, que parecía de tela de saco, de arpillera muy tosco y simple, en el que solamente había aberturas para la cabeza y los brazos. Éstos, descomunales, se veían desnudos, brillantes, como si sobre la piel se hubiese extendido algún aceite mágico. La otra mujer, infinitamente más delgada, llevaba una ligera túnica blanca, símbolo de pureza física, estado ideal para poder comunicarse con los buenos espíritus. Estaba inmóvil, con las manos sobre las rodillas, y los ojos cerrados.

En cambio, Mabanga los tenía bien abiertos, fijos, clavados más bien en la primera visita, como si quisiera fotografiar con la mente aquel cuerpo contrahecho, aquella fealdad infinita, aquel sucio, viejo, deteriorado, repugnante cuerpo.

Y de ese cuerpo, por la desdentada boca, brotaron las primeras palabras a modo de salutación y petición:

—Vengo en busca de amor —chirriaron sus cuerdas vocales.

—Siéntate delante de Mabanga —dijo ésta.

La horrible anciana que iba en busca de amor, se sentó en el suelo, frente a Mabanga, al otro lado del fuego. Entre ambas, las llamas creaban continuos dibujos alegres y cálidos. Afuera, en la calle, hacia un frío terrible, pero allí dentro se estaba bien, y, a medida que el calorcillo iba atravesando la arrugada piel de la contrahecha anciana, ésta se estremecía, ignorando, posiblemente, que era la reacción agradecida de sus viejas carnes, de sus frágiles huesos…

—¿Qué clase de amor? —preguntó Mabanga.

—Amor de hombre.

—¿Joven?

—Muy joven y hermoso.

—¿Lo deseas para ti?

—Sí.

—¿Él tiene mujer?

—No… Pero ahora ama a una, y no quiero que ella me lo quite.

—¿Acaso él te ama a ti?

—No. Soy vieja y horrible. Pero quiero parecerle la mujer más hermosa del mundo. Quiero que me ame con toda su pasión, como yo le amo a él. Quiero que consigas eso para mí, gran Mabanga.

—Yo no puedo conseguir nada… Solamente pueden hacerlo los espíritus. Ahora, permanece en silencio, mientras los consulto sobre

tu petición. Silencio.

En el cuarto solamente se oyó el crepitar del fuego. Mabanga miró a la muchacha de la túnica blanca y cortísima, y musitó unas palabras que la vieja horrible no pudo entender, miró a la joven, y la vio enderezarse, erguirse, de modo que sus senos, altos, firmes, agudos, destacaron en la blanca tela. Ahora podía verla bastante bien, acostumbrado ya su único ojo a la luz del fuego. Durante un minuto la estuvo contemplando, viendo cómo su hermoso rostro se ponía rígido, su boca se crispaba, sus hombros se tensaban…

De pronto, de aquella hermosa boca afeada por la mueca crispada, comenzaron a brotar sonidos. Sonidos ininteligibles, no palabras… Unos sonidos que la vieja horrible no podía entender, pero que, al parecer, eran altamente reveladores para la gran Mabanga… Y de pronto, la hermosa muchacha dejó de emitir esos sonidos, se relajó bruscamente, y quedó en la misma postura de antes, inmóvil, siempre con los ojos cerrados.

Entonces, Mabanga miró a la vieja horrible.

—Hay un remedio para tu deseo, mujer —dijo solemnemente—. Un solo remedio. Si consigues realizarlo, ese hombre te amará locamente.

—¿Qué remedio es ése?

—Una poción mágica. Los espíritus me la han hecho saber por mediación de mi nieta. Pero sólo podrás utilizarla una sola vez, en una noche de viernes a sábado, o de lunes a martes, y con la luna llena. Si utilizas esa poción en otro momento, la maldición de todos los espíritus infernales caerá sobre ti para toda la eternidad.

—Dime la poción… Yo la utilizaré solamente en la época propicia.

—Amasarás lo siguiente: jugo de verbena, cenizas de lárice, tres colas de gusano vivos y cogidos durante la noche anterior a la de luna llena; a todo esto, añadirás siete gotas de tu sangre catamenial. Luego lo dejarás secar todo, lo triturarás, y conseguirás unos polvos que tendrás que mezclar en la comida o la bebida del hombre que amas. Hecho esto, antes de que llegue la luna nueva, ese hombre te amará intensamente. ¿Lo has entendido todo bien?

—Sí. Pero no sé lo que es sangre catamenial…

—Sangre de tu período de mujer.

La vieja horrible se estremeció.

—No puedo conseguir eso… Ya no tengo período de mujer.

Mabanga quedó como petrificada. De pronto, sus ojos parecieron despedir más llamas que el fuego que ardía entre las dos. Su voz brotó espesa, ronca de indignación:

—¿Ya no eres mujer apta para dar hijos a un hombre y quieres, el amor de ese hombre? ¡Que los espíritus del mal sean benévolos contigo, mujer! Has pecado grandemente.

—Sólo quiero… amor.

—¡Amor! —La voz de Mabanga se elevó mucho, irritadísima—. ¿Qué puedes dar a cambio? ¡Nada! ¡Vete de aquí antes de que mi casa se llene de los malos espíritus que vendrán a torturarte! ¡Vete! ¡Y no quiero ningún obsequio tuyo! ¡Vete ahora mismo! ¡Vete, vete, vete, demonio!

La vieja horrible salió del cuarto a toda prisa, casi cayéndose, lanzando grititos de espanto. Despavorida, cruzó la sala de espera, abrió la puerta, y se precipitó hacia las escaleras que llevaban a la acera; a través de la ventana, mientras una terrible andanada de viento frío penetraba en la sala de espera, los demás, clientes de la gran Mabanga la vieron subir como si sus piernas hubiesen recobrado toda la fuerza… Luego, todo quedó en silencio, con un frío intensísimo, terrible. Una negra gorda y joven fue hacia la puerta, y la cerró. Luego, igual que los demás, se volvió a mirar a la pareja de jóvenes negros, que parecían encogidos en sus asientos del frío banco de madera. Los dos se estremecieron, se pusieron en pie, y se dirigieron hacia la entrada al cuarto de las visitas, todavía resonando en sus oídos los chillidos de terror de la vieja horrible, y la irritada voz de la gran Mabanga.

La vieron en seguida, y sus manos cogidas se apretaron con más fuerza la una a la otra, instintivamente; Mabanga los miraba, desaparecida completamente su irritación, con expresión amable. El negro parecía dominarse bastante bien, pero la negrita que se cogía de su mano no conseguía disimular su temor.

—Venid y sentaros delante de Mabanga —dijo ésta—. Luego, decidme qué puedo hacer por vosotros.

Se acercaron los dos, se sentaron en el suelo, dirigiendo una mirada a la mulata de la túnica blanca, y, tras tragar saliva, volvieron a mirar a Mabanga.

El hombre dijo:

—Queremos tener hijos y no vienen…
—¿Sois marido y mujer?
—Sí.
—¿Hacéis con frecuencia lo que hacen marido y mujer?
—Sí.
—¿Os ha bendecido algún sacerdote o sacerdotisa de nuestro culto?
—Sí… Hace dos años de eso, y… no vienen, nuestros hijos.
—¿Qué habéis hecho para tenerlos, a parte de uniros con frecuencia?
—Tomamos… unos polvos que nos dieron… Pero no…
—Os engañaron. A vosotros, y a muchos, os engañan falsos hechiceros que sólo quieren vuestro dinero. A mí me daréis cincuenta dólares, y antes de diecisiete lunas llenas, tu mujer tendrá un hijo en el vientre. ¿Estáis de acuerdo? Sabed que el dinero no es para mi ganancia personal, sino para seguir adquiriendo los ingredientes mágicos de mis medicinas. ¿Estáis de acuerdo o no?

Los dos jóvenes cambiaron una mirada. Luego, el hombre sacó unos cuantos billetes, los contó, y los dejó a un lado. Se quedaron los dos mirando fijamente a Mabanga, que asintió con la cabeza, y se puso en pie, estremeciendo sus pasmosas abundancias carnales. Fue hacia un rincón, abrió una gran maleta de tela de alfombra, y se arrodilló ante ella. Mientras rebuscaba en su interior, incomprensibles palabras brotaban de sus labios, y su cuerpo se mecía suavemente a derecha e izquierda… Por fin, se levantó, y regresó a su sitio, se sentó, y mostró un envoltorio blanco en la palma de la mano.

—Con estos polvos… —empezó.

La muchacha de la túnica blanca emitió un fuerte ronquido, y Mabanga se volvió vivamente hacia ella, igual que los dos jóvenes. La vieron erguida, cerrados los ojos. Comprendieron claramente sus primeras palabras.

—Es… tan… lla… man… do… quie… ren… de… cir… algo…

Mabanga frunció el ceño.

—Silencio —pidió—. Mi nieta está recibiendo la sabiduría de los espíritus.

Silencio absoluto. La mulata comenzó a hablar de nuevo, pero esta vez, los jóvenes esposos negros no entendieron una sola

palabra. Que ni siquiera parecían palabras, ciertamente. Durante casi medio minuto, roncamente, a intervalos, la mulata estuvo pasando a Mabanga la información de los espíritus. Luego, se relajó, y volvió a quedar inmóvil como una estatua.

Mabanga volvió sus ojos hacia los dos negros.

—¿Habéis visitado algún doctor? —preguntó secamente.

—Nosotros somos fieles del vudú —susurró el hombre—. No hemos cometido esta herejía, no…

—No estoy hablando de un doctor blanco, sino de un doctor negro.

—No… Tampoco. Ni lo haremos. Sería pecar contra…

—Vosotros no sabéis nada de nada. El vudú manda en el mundo… ¿No sabéis que muchos médicos negros practican el vudú simulando haber aceptado la medicina de los blancos?

—No… No lo sabíamos…

—Hay uno aquí, en Harlem, lo sé… Pero decidme vosotros si me equivoco: ¿hay un médico de menos de cuarenta años, que tiene mujer, no menos de dos hijos ni más de siete, y que trabaja en un hospital?

—Sí, hay uno… Dicen que es muy bueno… y muy caro. Pero no iremos a él, no. Nosotros…

—Vosotros iréis a él, porque no sabéis nada de nada.

—Pero ya no tenemos dinero para pagarle…

—Tomad vuestros cincuenta dólares, id a ver a ese médico, y decidle lo que os pasa. Él os dirá lo que hay que hacer. Pero vosotros no le digáis que yo os envío, ni le habléis de mi magia, ni del vudú… Él entiende, lo sabe todo, pero vosotros no digáis nada: simulad que no sabéis que él es un gran mago. Luego, cuando os haya dicho lo que hay que hacer, volved a vuestra casa, acostaros uno junto al otro, y después de amaros, tomad mis polvos mezclados con agua hervida con laurel. También los tomaréis por la mañana, y tres noches siguientes más. ¿Lo habéis comprendido?

—Sí… Sí, sí.

—Podéis marcharos.

Les tendió los polvos por encima del fuego, y, después de tomarlos, los dos negros salieron de allí, todavía atónitos. En verdad, Mabanga tenía que ser una gran bruja para saber tantas cosas…

En la puerta apareció un negro alto, grueso, de unos cuarenta años, que se acercó decididamente, se sentó ante el fuego, y miró con fijeza a Mabanga.

—Quiero matar a un hombre —dijo.

La expresión de Mabanga no varió.

—¿Por qué?

—Él ha descubierto que cuando no está en su casa yo visito a su mujer, y sé que querrá matarme a mí, y también a ella. Ella y yo queremos que antes de que pueda matarnos, él muera.

—¿No tienes valor para matarlo tú mismo?

El negro vaciló.

—Sí, pero temo luego a la policía… Quiero matarlo con vudú. Tú tienes que saber hacerlo, Mabanga.

—Sé hacerlo. Puede que él muera cuando yo quiera.

—Entonces, mátalo. Esta misma noche.

—No. Primero tienes que traerme un retrato de él y algunos de sus cabellos.

—Puedo conseguir el retrato, pero no sé si sus cabellos…

—Pídelos a su mujer. Ella podrá arrancárselos mientras duerme. Y fíjate bien que digo «arrancarlos», no cortarlos. Que ella le arranque, algunos cabellos, y te dé una fotografía de su marido. Cuando yo tenga todo eso, podré matarlo. Te costará mil dólares.

—¡Mil dólares…! ¡Es mucho dinero!

—Si te parece mucho dinero, puedes ahorrártelo: mátalo tú.

—No me atrevo… Ni tengo tanto dinero.

—Consíguelo. Cuando lo tengas todo, ven a verme. Ahora, márchate: hay otros esperando.

El negro pareció dispuesto a ponerse en pie, vaciló… Quedó sentado todavía, mirando dubitativo a Mabanga.

—¿Cómo sé que podrás matarlo?

—¿Acaso quieres una prueba?

—Sí.

—La vas a tener.

Mabanga se puso en pie, fue hacia el rincón, y regresó con un puñado de arcilla. Pero no se sentó, sino que se colocó junto al negro, y, antes de que éste pudiera sospecharlo siquiera, le arrancó algunos cabellos de un seco tirón. El negro lanzó un respingo y quiso ponerse en pie, pero la manaza de Mabanga se posó en un

hombro, impidiéndoselo.

—Quieto.

—¿Qué… qué?

—Tendrás la prueba.

Seguida por la desorbitada mirada del negro, volvió a sentarse en su sitio. Rápidamente, sus dedos comenzaron a moldear la arcilla, mientras sus ojos iban con mucha frecuencia al rostro desencajado del «cliente». El silencio era terrible. El negro iba mirando de vez en cuando a la mulata de la túnica blanca, que parecía una estatua…

Por fin, Mabanga alzó la arcilla, acercándola por encima del fuego a los ojos del hombre. Y las facciones de éste, se desencajaron aún más al ver su propio rostro esculpido en la arcilla. Aterrado, sin voz, estuvo escuchando las murmuraciones de Mabanga mientras la bruja colocaba cuidadosamente algunos de sus cabellos en el monigote de arcilla. Por fin, Mabanga se quitó una aguja del cabello y la cernió de punta sobre el muñeco de arcilla, siempre sin dejar de murmurar. Lo hizo de pronto, clavando sus ojos en los del negro.

—Ahora clavaré la aguja en el vientre del muñeco —dijo—. Y tú sentirás un pequeño pinchazo en tu propio vientre.

—No… No, no —jadeó el negro—. ¡No quiero!

—¡Silencio! —exigió Mabanga.

Quedaron mirándose fijamente, tan fijamente que el negro comenzó a sentir que le dolían los ojos. La mirada de Mabanga era dura, penetrante.

De pronto, clavó la punta de la aguja donde se suponía que el muñeco tenía el vientre…, y el negro que tenía delante lanzó un alarido, se llevó las manos a su vientre, y se puso en pie de un salto. Quedó encogido, crispado el rostro en una mueca de dolor, los ojos casi fuera de las órbitas, tambaleándose.

—Si hubiese querido matarte, habría clavado la aguja en el corazón —dijo Mabanga—. Ahora, si quieres que mate a ese hombre, ve a conseguir la fotografía, algunos de sus cabellos, y los mil dólares. Puedes marcharte.

El negro abrió y cerró la boca varias veces, pero sin poder pronunciar palabra alguna. Por fin, dio la vuelta, y salió de allí poco menos que corriendo.

* * *

—Lo mejor fue lo del negro que quería matar al marido de su amante —rió la mulatita—. ¿Cómo lo conseguiste, Mabanga?

Estaban las dos en el último cuarto del sótano, donde había dos lechos, sillones, un armario, mesa, sillas, y una pequeña cocina. La bella mulatita Cora fumaba un cigarrillo mientras tomaba café. Mabanga estaba fumando ávidamente y placenteramente un cigarro habano.

Y expeliendo humo, dijo:

—Vudú. Mi magia es grande.

—Oh, vamos… Supongo que lo sugestionaste de tal forma que…

—Pero la tuya no es tan grande, Baby. No me gustaron tus intervenciones.

—Tú has venido a ayudarme a mí, no yo a ti —sonrió Cora—. ¿No es así? Por lo tanto, se harán las cosas como yo diga.

—Yo podía haberle dado una poción efectiva a la vieja, y muchos hijos a aquellos jóvenes sin necesidad de ningún médico.

—No lo dudo. Pero ésa fue mi decisión.

—En cambio, no te opusiste a que le diese mi receta a aquel niño que tenía los ojos enfermos. ¿Por qué?

—Porque eso era una brujería que merecía mi aprobación. Estoy segura de que con baños de agua con esos polvos diluidos, curarán los ojos del niño. Apuesto a que era una receta antigua, pero eficaz, así que…

Calló bruscamente, y volvió la cabeza hacia el maletín rojo con florecillas azules, que tenía abierto junto a ella, en una silla. Del paquete de cigarrillos había brotado un zumbido; en seguida, otro. La bella mano de la mulatita asió el paquete de cigarrillos y tiró de uno de ellos.

—¿Sí? —musitó.

—¿Baby?

—Hola, tío Charlie.

—Usted está loca —casi gritó Pitzer—. ¡Si yo hubiera sabido que parte de su plan era meterse en Harlem con Mabanga…!

—Ya les dije a usted y a míster Cavanagh que ella estaría bien protegida. Me considero obligada a ello. Tendría que verme de mulatita… Estoy sensacional. Con el tinte para mi piel, las

microlentillas negras, y una permanente que ha rizado mucho mi cabello, parezco realmente una nieta de Mabanga que…

—Sus locuras le costarán muy caras algún día. ¿Hay alguna novedad?

—Querido, llevamos aquí solamente unas pocas horas… Hay que tener un poco de paciencia. ¿Se ha producido algún otro caso de un delegado negro en la ONU asesinado por su esposa?

—No. Pero hemos sabido algo que puede resultar interesante: de las cinco mujeres negras que asesinaron a sus maridos, llevaban colgado del cuello por medió de un cordel, una especie de… amuleto.

—¿Qué clase de amuleto? Dígalo en voz más alta, para que Mabanga pueda escucharlo.

—Según mis informes —se elevó la voz de Pitzer, mientras Mabanga se acercaba—, es una especie de medallón de hierro, quizá de cobre. Es redondo, y en el centro tiene grabada una estrella de cinco puntas…

—Quizá sea una placa de *sheriff*.

—¡Sus bromas no tienen maldita la gracia en momentos que…!

—Cálmese —sonrió Brigitte; miró a Mabanga—: ¿Te dice algo eso, Mabanga?

—Pregúntale cómo está situada esa estrella en el medallón: si con una punta hacia arriba, o con dos puntas hacia arriba.

—Bien. Tío Charlie, Mabanga dice…

—¡La he oído! ¿Cómo demonios quiere que sepa eso? ¡Bastante están haciendo los muchachos en este delicado asunto para decirles ahora que se enteren de si las puntas…!

—Mabanga no pregunta cosas porque sí, tío Charlie. ¿Cuál es la explicación a tu pregunta, Mabanga?

—Si sólo hay una punta hacia arriba, el signo es bueno —dijo Mabanga—. Si hay dos puntas, significa que el símbolo está cabeza abajo, y entonces intervienen todos los malos espíritus en el cuerpo de quien lo lleva, Ya que esas mujeres llevan el símbolo, y cada una ha matado a su hombre, yo digo que el símbolo tiene que estar con dos puntas hacia arriba: maleficio.

—¿Estás diciendo que han matado a sus maridos porque llevan encima un maleficio?

—Sí.

—Según eso: ¿los han matado contra la propia voluntad de ellas, obligadas por el maleficio?

—El maleficio las obligó a matarlos, Puede que ellas estuviesen sin voluntad en ese momento, y puede que lo hiciesen para evitar a su hombre peores males.

—¿Peores males que asesinarlos? —musitó Brigitte.

—Si.

—¿Qué males?

—Muchos. Muchos.

Brigitte parpadeó, antes de mirar el paquete de cigarrillos.

—Tío Charlie: ¿has oído eso?

—Sí. Tonterías. Esto tiene qué ser un extraño complot…

—Vea si nuestros muchachos pueden enterarse, de si hay una o dos puntas mirando hacia las gargantas de esas mujeres. ¿Algo más?

—No. Es decir, le aconsejo que salga de Harlem antes de que…

—Estoy cansada. Buenas noches, tío Charlie.

Cerró la radio, la dejó en el maletín y cerró éste. Frunció el ceño, lo pensó mejor, y sacó el paquete de cigarrillos, que llevó a uno de los lechos, colocándolo bajo la almohada. Acabó su café, dio la última chupada al cigarrillo, y se tendió en la cama. Sonrió a Mabanga, que la miraba fijamente, y cerró los ojos, tras taparse con la manta solamente.

Segundos después, Mabanga comprendió qué la «querida niña» estaba profundamente dormida. Todavía esperó casi cinco minutos. Entonces se levantó, lentamente, y caminó con sigilo hasta colocarse junto al lecho; con un sigilo inaudito teniendo en cuenta su enorme corpulencia. Pero, más inaudita aún fue la reacción de la durmiente: abrió los ojos de pronto, la pistolita apareció en su mano, y se deslizó velozmente hacia el rincón, hasta la pared. Sus ojos se habían abierto completamente, sin el menor rastro de sueño, y ahora, sin las microlentillas negras, contrastaban de un modo extraordinario, tan azules, en el rostro oscuro. Frunció el ceño, guardó la pistolita, y volvió a taparse.

—Duerme, Mabanga —susurró.

—Sí, niña.

Pero Mabanga se quedó allí, inmóvil, hasta que de nuevo oyó la profunda respiración del sueño. Entonces alzó ambas manos, moviéndolas en lentos gestos circulares por encima de la:

durmiente.

—Duerme, niña, duerme tranquila… Mabanga va a cuidarte, ninguna bruja te hará daño jamás… Ni nadie. Tienes que estar fuerte, porque pronto, antes de que hayan pasado diez lunas llenas, tendrás tu primer hijo… Mabanga lo sabe. Mabanga estará presente cuando tengas tu primer hijo. Duerme, niña, duerme… Mabanga velará tu sueño… Estás soñando ahora con un hombre muy hermoso que está lejos, muy lejos… Él también está soñando contigo. Y sueña que os reunís… Ese hombre vendrá. Muy pronto, ese hombre vendrá y te amará. Mabanga está contenta. Mabanga va a vigilar que no envíen aquí malos espíritus.

Y Mabanga volvió a sentarse en el sillón, muy abiertos y fijos los ojos, y siguió fumando su cigarro habano.

# Capítulo V

El cuarto cliente que recibió Mabanga dos noches más tarde, era un negro notable. Alto, atlético, vestido casi con elegancia, de alrededor de treinta y cinco años, cabeza redonda, ojos inteligentes, rostro hermoso, manos finas… Con su entrada, pareció, que el ambiente del cuarto donde ardía el fuego cambiase notablemente. Algo indefinible, pero muy evidente.

Se sentó delante de Mabanga y se quedó mirándola, sonriente, sin decir palabra. Por fin tuvo que ser Mabanga quien preguntase:

—¿Qué es lo que deseas?

El hermoso negro contestó con otra pregunta:

—¿Cuánto estás ganando aquí por noche, Mabanga?

—Mabanga no piensa en el dinero. Mabanga…

—Tonterías. Te estamos vigilando desde que llegaste, y jamás bruja alguna tuvo tantas visitas. Tienes que estar ganando mucho dinero, y eso, naturalmente, te gusta. ¿Cuánto?

Mabanga permaneció en silencio, inexpresivo el rostro. El apuesto negro volvió a sonreír. Miró hacia la mulatita, y un destello pasó por sus ojos. Se puso en pie, fue hacia la nieta de Mabanga, y se quedó mirándola de cerca.

—Eres muy hermosa —susurró—. ¿Te llamas Cora?

La nieta de Mabanga permaneció inmóvil y en silencio, con los ojos cerrados. El negro adelantó una mano, y con un dedo tocó los finos labios de la mulatita. Ésta se estremeció, abrió los ojos y los alzó, fijándolos en el visitante que quedó un momento boquiabierto, contemplando aquella hermosa abismal, aquellos ojos tan grandes y bellos.

—No has debido tocarme —murmuró roncamente Cora.

—Vamos a dejarnos de tonterías. Me llamo David Cole, y formo parte de un grupo que os está vigilando desde que llegasteis. Primero no os hacíamos mucho caso, ésta es la verdad. Pero en sólo

dos días, el nombre de Mabanga ha corrido por todo Harlem, pronunciado con temor y admiración. ¿Realmente habéis venido del Caribe?

—Sí.

—Y según entiendo, conocéis muy bien las prácticas del vudú y otros ritos. ¿Cierto? Creo que vuestras… actuaciones son de lo más convincente.

—Nuestras… actuaciones —dijo ásperamente Mabanga— son convincentes porque están llenas de la verdad. Si necesitas algo de nosotras, dilo. Si no necesitas nada, márchate.

—Ya he dicho que pienso hablar claro. Dejaréis de practicar aquí, vendréis conmigo a otro lugar donde vuestros beneficios serán mucho mayores. Aquí solamente recibís gente miserable, lo peor de nuestra raza. Conmigo ganaríais mucho más dinero, y tendríais clientes de mucha más calidad. Dinero y calidad. Todo viene a ser lo mismo.

—Márchate —dijo Mabanga.

—Tranquila. A mí no se me puede hablar así, Mabanga, o…

Mabanga movió su mano derecha, en un… «pase mágico», velozmente. Y ante los pies del apuesto negro estalló una pequeña llamarada de color rojo y azul. David Cole emitió un ronco grito, y saltó, hacia atrás. Por un instante, el sobresalto apareció en sus ojos. Pero, en seguida, sonrió amistosamente.

—Magnífico —musitó—. Magnífico, Mabanga.

—Vete o haré arder tus cabellos.

—No digas tonterías… Podéis ganar mil dólares, cada semana.

Mabanga se enderezó.

—¿Cuánto? —exclamó.

—Mil dólares —rió Cole—. Parece que te interesa.

—Puedo ganarlos aquí.

—Alguna semana, sí. Pero no todas. Yo te ofrezco esa cantidad todas las semanas.

—¿Y mi nieta?

—Mil dólares para las dos.

—Es poco. Ella también trabaja.

—Mmm… Está bien: mil doscientos.

—Mil quinientos.

—No. Mil, doscientos. Si luego resultáis tan útiles como nosotros

pensamos, llegaremos a los mil quinientos.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Amigos tuyos… Y amigos del vudú. Pero no llevemos esas cosas demasiado lejos, Mabanga. Tú me entiendes: cuando estés trabajando puedes hacer todas las brujerías que quieras, pero cuando estés hablando conmigo quiero seriedad y obediencia.

—¿Obediencia? ¿Tendremos que obedecerte?

—Sí.

—¿En qué?

—En todo. Ahora, puesto que ya estamos de acuerdo, recoged vuestras cosas y vámonos. Tengo afuera un coche, en la esquina.

—¿Adónde iremos?

—Ya lo veréis. Viviréis allá. ¿En marcha?

—No. Nos iremos de aquí cuando hayamos terminado… Aún hay gente afuera.

—Al demonio con ellos…

—No. Mabanga siempre cumple. Ellos han venido, y serán atendidos. Tú sal y espéranos.

—Está bien… Hay una cosa que me sorprende, Mabanga.

—¿Qué cosa?

—Tu nieta es mulata. Eso quiere decir que por sus venas corre sangre de blanco. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Cómo puede una mulata ser admitida en el vudú?

—Yo la purifiqué siendo niña. Ella pasó la prueba del fuego, y todos los espíritus malditos huyeron de su cuerpo y de su sangre.

—¿Qué prueba del fuego? ¿De qué tonterías estás hablando? Ya te he dicho que entre nosotros sobran las brujerías que puedas emplear con los imbéciles.

—¿No crees en la prueba del fuego? ¿No crees que mi nieta esté purificada?

—No. Ella es mulata, y por tanto…

—Cállate.

David Cole se calló, y Mabanga hizo una señal a su nieta. Ésta se adelantó hasta el fuego, se arrodilló delante, y se quedó mirando fijamente las llamas durante casi un minuto. De pronto, su brazo derecho se movió. Quedó encima de las llamas, que lo lamieron, lo rodearon, parecieron abrazarse a la fina piel. Cinco segundos

después, Cora retiró el brazo, y quedó inmóvil. David Cole la miraba fijamente. Notaba seca la boca.

Cora alzó la mirada y el brazo en silencio.

—¿Ves alguna quemadura en su brazo? —preguntó Mabanga.

—No… No, ninguna.

—Ahora vete y espéranos.

David Cole tragó saliva, asintió con la cabeza, y salió del cuarto. Cora miró entonces a Mabanga; y sonrió, divertida. Pero Mabanga no parecía en absoluto divertida, sino más bien molesta.

—Eres tan bruja como yo —dijo—. No tenías necesidad de hacerme venir, Baby.

—No seas tonta —amplió su sonrisa Baby—. ¿Nunca has visto comedores de fuego, ni hombres que se atraviesan miembros con clavos, ni los que caminan sobre brasas?

—Conozco a esa clase de brujos. ¿Tú eres…?

—Yo soy una jovencita normal, Mabanga. Pero mi mente es muy fuerte, tiene mucho poder. Tú conoces unos trucos, y yo conozco otros, eso es todo. El yoga, por ejemplo. Ya te dije que esto saldría bien.

—¿Podrías hacerlo otra vez?

—Todas las veces que quieras, siempre que pueda concentrarme debidamente.

—¿Me enseñarás el truco?

—Hacen falta años para poder practicarlo. Pero te diré cómo se empieza.

—Tú eres joven y sabes muchas, muchas cosas… ¿Por qué?

—Porque nunca perdí el tiempo haciendo cosas inútiles. Vamos a terminar con nuestra clientela, y salgamos de aquí. Nos estamos acercando a las brujas de Harlem. Ya era hora.

Afuera, en la esquina, David Cole entró en el coche. Ante el volante había otro negro, que le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Ellas no vienen?

—Saldrán cuando hayan terminado. No importa, hay tiempo. Vale la pena esperar, además.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un espíritu —rió el otro.

—Casi.

—¿Qué?

—La nieta de Mabanga ha puesto un brazo sobre unas llamas…

Y no ha sufrido quemaduras. Quizá sean brujas de verdad.

—Vamos, vamos, Dave —masculló el otro—. Nosotros no somos negros incultos del Caribe, hombre, sino ciudadanos americanos, con una mente y unos conocimientos que…

—Todo lo que quieras, Bert. Pero yo sé lo que veo con mis propios ojos. Bien… Puede que no sean brujas auténticas, pero sí te aseguro que es la mejor adquisición que hemos hecho para las brujas, de Harlem. Ya lo verás tú mismo. Algunas de nuestras clientes se están mostrando muy reacias, ¿no es así? Pues ya verás cómo Mabanga y su nieta disipan todas las dudas que aún puedan tener. Lo conseguiremos, tarde o temprano. Espero que no tarden mucho en salir…

* * *

Salieron casi hora y media más tarde. Aparecieron de pronto en la esquina, ambas inclinadas, como queriendo protegerse del terrible frío. La gordísima Mabanga llevaba una gran maleta de tela de alfombra, y su nieta una maleta más pequeña y un maletín.

David Cole abrió la puerta del coche, y les hizo señas. Salió, colocó el equipaje de las dos brujas en el maletero, y se reunió con ellas en el asiento de atrás.

—Vámonos, Bert.

Bert Xoddam todavía estuvo contemplando unos segundos a las dos mujeres, frunció el ceño, Ninguna de las dos parecía hacerle el menor caso, como si ni siquiera se hubieran dado cuenta de su presencia. Mabanga sola ocupaba más de la mitad del asiento de atrás, de modo que Cole y Cora quedaron apretados uno contra otro, fuertemente. Xoddam se volvió al fin, puso en marcha el coche, lo apartó del bordillo.

Dentro del auto, el prensado David Cole consiguió sacar el brazo izquierdo, que había quedado apresado entre su propio cuerpo y el de Cora. Al moverlo hacia delante, la mano de Cole quedó sobre una superficie finísima y cálida. Cole bajó la mirada y vio las piernas de Cora, descubiertas, pues la falda había quedado arrugada, muy arriba. Su mano descansaba sobre el muslo izquierdo de la bella mulatita, y Cole, sin moverla, alzó la mirada hacia los grandísimos ojos de ella. Ella también lo miraba, y sonrió

dulcemente, al mismo tiempo que su manita derecha se posaba sobre la izquierda de David Cole, como si quisiera impedir que éste retirase la mano de su muslo.

David Cole notó un cálido estremecimiento, y se dijo que, bruja o no, desde luego él no pensaba retirar la mano.

Pero tuvo que retirarla, al fin, después de haber estado acariciando ambas piernas de la mulatita, cuando el coche se detuvo. Salió de él, notando todavía en su mano el calor de las de Cora acariciándola, como agradeciéndole sus caricias. Salieron las dos mujeres y se encontraron en una acera húmeda, estrecha, sucia. Caía aguanieve, y la calle entera brillaba mortecinamente. El suelo estaba lleno de papeles adheridos a él por la lluvia casi helada. No se veía absolutamente a nadie en la calle. Como quiera que, oficialmente. Cora y Mabanga no conocían Nueva York, la primera se guardó muy bien de hacer el menor comentario respecto a sus conocimientos del lugar adonde la habían llevado. Xoddam también se apeó, ayudó a Cole a sacar el equipaje de las brujas y luego los cuatro fueron hacia una puerta de cristales, en la cual había pintado:

---

JOE'S BAR — Prop. Joe Aberdeen

---

Cole llamó en los cristales con los nudillos, y a los pocos segundos, sin que se hubiera encendido ninguna luz, la puerta se abrió. Entraron, fueron hacia el fondo del local, alguien apartó una cortina, y se encontraron en un pasillo pésimamente iluminado, en el que había varias puertas.

Ahora podían ver al negro que les había abierto. Era menudo, flaco, de ojos enrojecidos, malignos, y toda su cabellera era completamente blanca, abundante, rizadísima. Abrió una de las puertas, entró el primero, y encendió la luz. Nadie hablaba. Entraron todos en aquel cuarto estrecho, lleno de cajas con botellas de cocacola, algunas llenas, otras vacías. Había sillas viejas, neumáticos polvorientos… Cora se volvió a mirar a Cole; alzando las cejas, pero éste sonrió, y le hizo una seña al expectante anciano, que miraba con sumo interés a las dos mujeres, especialmente a la joven. Asintió al captar la seña, fue hacia la pared, apartó unas

cuantas cajas, apretó la pared con fuerza, e introdujo dos dedos en una ranura que apareció. Tiró y una puerta se abrió, hacia dentro del cuarto.

Mabanga y Cora miraron a Cole, que sonrió.

—Hicimos esta puerta cuando el edificio de al lado quedó desocupado. Ahora está cerrado, y nadie puede entrar en él: Será vuestro alojamiento, por ahora.

Entraron él y las dos brujas. Cruzaron un cuarto que servía de vestíbulo, y se encontraron en otro pasillo, con puertas a ambos lados. Cole abrió dos de las puertas, señalando adentro.

—Cada una tendrá su habitación. Hay una buena cama y estufas de gas. Estaréis bien.

—No es mucho mejor que el sitio donde estábamos —refunfuñó Mabanga.

—Lo sé. Pero es provisional. Si cumplís bien, no tendréis que arrepentiros. Entra, Mabanga.

Cole, introdujo la gran maleta de Mabanga en el cuarto. La negra entró detrás, y se quedó mirando a Cole mientras éste encendía la estufa. Cuando terminó, se volvió hacia ella.

—Le diré a Joe que os traiga algo de comer. Una cosa: no salgas de aquí hasta que yo te lo diga. ¿De acuerdo?

—¿Y mi nieta?

—Ella dormirá en la habitación de al lado. También hay estufa. Adiós.

Salió y cerró la puerta. Miró a Cora, que permanecía inmóvil en el pasillo, y le sonrió. Entraron los dos y Cole, tras cerrar la puerta, encendió la estufa. Se volvió hacia Cora, que lo contemplaba fijamente, inmóvil.

Se acercó a ella, lentamente; cuando se detuvo, sus cuerpos casi se tocaban, y David Cole se quedó mirando aquellos grandes ojos oscuros, que permanecían fijos en él inexpresivamente. Sus manos se alzaron hasta la cintura de la mulatita, crispándose allí, en un gesto tenso, sobre la mórbida carne, notándola cálida y fuerte bajo las ropas. Comenzó a inclinarse, acercando sus labios a los de Cora… Y ya estaba rozándolos cuando ella ladeó la cabeza, evitando el beso.

Cole sufrió una sacudida.

—Pensaba que querrías —jadeó.

—No.
—¿Qué te propones? Durante el camino hasta aquí…
—Lo sé… Pero esto no puedo hacerlo.
—No digas tonterías. Estamos solos: podemos.
—No.
—Vamos, vamos…
—No.
David Cole permaneció inmóvil un instante. De pronto, bruscamente, subió sus manos, asió las solapas del abrigo, y dio un fuerte tirón hacia atrás y los lados; sus dedos aferraban también la túnica blanca, única prenda que Cora llevaba debajo del abrigo, y con el brusco gesto, la desgarró, apartándola hacia atrás. Se quedó mirando aquella fina carne morena, como alucinado. Por fin, tragó saliva, e hizo presión con las manos, acercando a la mulatita hacia sí. Su cabeza bajó velozmente, sus labios parecieron clavarse, como una brisa, en aquella piel de seda…
—No, David —tembló la voz de ella—. Quisiera, pero no puedo hacerlo… ¡No puedo! Te lo suplico, suéltame… ¡No puedo!
Él dejó de besarla y la contempló con ojos llameantes.
—¿Por qué no? —Casi gritó roncamente—. ¡Lo estás deseando tanto como yo, ¿no es así?!
—Es así, pero no puedo…
—Yo digo que sí puedes.
La empujó hacia el lecho, y la derribó encima. Se lanzó sobre ella, rasgando aún más la túnica blanca, entrecortada la respiración, tensos todos sus músculos. La sujetó por los hombros contra la cama, y cuando de nuevo sus labios descendían hacia los de Cora, la puerta del cuarto se abrió, de un fuerte empujón que la hizo rebotar contra la pared.
Cole lanzó una exclamación y se puso en pie de un salto, volviéndose hacia la puerta. Allá estaba la enorme humanidad de la bruja Mabanga. Sus ojos, fijos en Cole, parecían echar auténticas llamaradas.
—¡Te voy a convertir en lo que eres! —gritó—. ¡Te voy a convertir en un cerdo flaco y asqueroso, negro maldito! ¡Vas a ver…!
—¡Fuera de aquí! —ordenó Cole—. ¡Nadie te ha llamado!
—¡Nadie tiene que llamar a Mabanga para decirle lo que está

ocurriendo! —chilló la negra—. ¡Sé muy bien lo que quieres, pero jamás lo tendrás! ¡Y ahora mismo vas a convertirte en un cerdo!

Mabanga comenzó a mover frenéticamente las manos, lanzando conjuros hacia David Cole, cuyo negro rostro se aclaró por un instante. Pero en seguida reaccionó, saltó de la cama, e intentó abalanzarse contra la bruja dispuesto a golpearla. Y lo habría conseguido si Cora no hubiese saltado de la cama, y lo hubiera sujetado, abrazándose a él, suplicando estremecida:

—¡No, David, no…! ¡Ella tiene razón, te lo estaba diciendo! ¡Yo no puedo amar, o perdería todos mis poderes! ¡Tengo que conservarme pura, o los espíritus no entrarían en contacto conmigo, no querrían…!

—¡Tonterías! ¿Con quién crees que estás tratando? ¡Yo no soy un estúpido negro del Caribe!

—David, es cierto, es cierto… ¡No puedo amarte como quisiera, es cierto! ¡En cuanto conozca a un hombre, perderé todo mi poder de contacto con los espíritus, y Mabanga lo sabe…!

—¡Pero qué espíritus ni qué…!

—Por favor… Tendremos que esperar. Te lo ruego, David.

Cole se calmó un poco, pero, al volver a mirar a Mabanga y verla todavía agitándose, y lanzándole maleficios, su rostro se congestionó por la ira. Intentó avanzar hacia ella, pero Cora se le abrazó más fuertemente.

—¡No! ¡Si la lastimas, ella te matará con el vudú…! Deja a mi abuela, yo la convenceré… Abuela… ¡Abuela, déjalo!

Mabanga dejó de dar sus «pases mágicos»; su mirada se clavó en Cora, y movió negativamente la cabeza.

—Lo convertiré en cerdo ahora mismo —aseguró.

—No, no… Hazlo por mí, abuela. Yo he tenido la culpa… Dejé que él pensase que podría conseguirlo… La culpa ha sido mía… Pero ahora él ya lo sabe, y no volverá a tocarme hasta que pueda hacerlo… Por favor, no lo hechices…

—¡A mí no me hechiza nadie, par de locas! —Se irritó Cole—. ¡Si os he traído aquí ha sido para que engañéis a otras personas, pero a mí no me vengáis con tonterías!

—¡Déjame que…! —empezó Mabanga, volviendo a alzar las manos.

En la puerta, por detrás de Mabanga, apareció el viejo y feo

Aberdeen, fruncido el ceño.

—¿Qué pasa aquí? —Gruñó.

—¡Fuera de aquí! —le gritó Mabanga—. ¡O a ti te convierto en una rata y te envío a vivir a las cloacas!

Joe Aberdeen retrocedió vivamente un par de pasos, volviendo al pasillo. Parecía aterrado. En cambio, Cole estaba irritado, más bien furioso por lo que sucedía. Fue Cora quien arregló, la situación. Se acercó a Mabanga, la abrazó y la empujó hacia el pasillo.

—Vámonos, abuela —murmuró—. Dormiremos las dos en tu cuarto, y así estarás tranquila, Llevaremos mis cosas allí, y la cama de este cuarto… Ya no va a pasar nada. David —lo miró suplicante—, por favor, vete. Ya nos veremos…

David Cole refunfuñó algo, pero salió del cuarto, y se fue, con el asustado Joe Aberdeen. Ya en el café, el menudo negro preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—La vieja quería convertirme en cerdo porque toqué a su nieta.

—Ah… Ella tiene razón, Dave: no se puede tocar a una mediadora con los espíritus…

—¿Estás loco? —Gruñó Cole—. ¡No me digas que crees esas tonterías! ¡Ni hay espíritus, ni aunque los hubiera Cora podría…!

—Sí, sí… Tú eres el equivocado, Dave… Eres joven. Yo he vivido mucho, he visto más cosas que tú… Deja a la muchacha. Será mejor para el trabajo de ella.

—¡Bah! ¡Sois una pandilla de cretinos! ¡Sabes muy bien que no existen las brujas, Joe! Nosotros tenemos unas cuantas, y sabemos muy bien que todo es puro teatro para conseguir nuestros planes…

—Sí sí, sí… Sé eso, Dave… Pero Mabanga es diferente. Ella sí es una bruja auténtica y su nieta es una…

—Estás loco —sentenció definitivamente Cole.

—Tú eres el loco, si te atreves a enfrentarte a una bruja como Mabanga.

Cole se quedó mirando a Joe Aberdeen, fijamente. Por fin, parpadeó, entre incrédulo y desalentado. Igual que el viejo Joe debía haber muchos más negros que creían en la brujería. La prueba la tenía en que, desde que Mabanga había llegado a Harlem, no había dejado de recibir visitas… ¿Qué podían esperar los de su raza mientras creyesen en aquellas cosas con tanta firmeza?

—Está bien, Joe —musitó—. Queda tranquilo, viejo. Me voy. Sin buscar más complicaciones.

—Me alegro… Especialmente por ti, Dave. Si el jefe se entera de que has querido interferir entre los espíritus y una bruja virgen que sirve de contacto, lo habrías pasado muy mal.

—Sí, claro… Espero que no se entere.

—Por mí no se enterará. Bert te está esperando afuera, en el coche. Avisadme cuando vayáis a venir a buscar a Mabanga.

—De acuerdo.

Cole abandonó el bar, y Joe regresó al edificio de al lado, por la puerta secreta. Ayudó a Mabanga y a Cora a trasladar la cama de la mulatita al cuarto de su abuela, y luego, felicísimo porque no se había convertido en una rata, se apresuró a dejarlas solas.

La mulatita salió entonces del cuarto, recorrió rápidamente el edificio, ya convencida de que, en efecto, estaban solas en aquella casa, se reunió con Mabanga. Una mirada más bien indiferente por el cuarto la convenció de que allí no había ninguna clase de truco.

Entonces sacó el paquete de cigarrillos de su maletín rojo con florecillas azules, y efectuó la llamada.

—¿Sí? —Oyó.

—Hola, tío Charlie: contacto.

Hubo un breve silencio.

—¿Lo ha conseguido? —murmuró al fin Pitzer.

—Sí. ¿Le sorprende?

—No… ¡No! Bien, díganos dónde está, y nosotros…

—Tranquilos. Estamos solamente en el camino, no en la meta… Le volveremos a llamar oportunamente. Estén preparados.

—De acuerdo. Mientras tanto…

—Mientras tanto, nada. Yo le avisaré. Es todo. Buenas noches.

—¡Pe…!

Cerró la radio, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando amablemente a Mabanga, que la contemplaba, huraño el gesto.

—¿Algo te molesta, Mabanga? —preguntó, sonriente.

—No has debido intervenir: ¡los habría, convertido en un cerdo y una rata! ¡Y se lo merecían!

—Desde luego —rió la mulatita—. Pero no hemos venido aquí para aumentar el censo de los cerdos y ratas de Nueva York, sino para todo lo contrario: para suprimir los que haya. Y te aseguro que

hay demasiados.

—¿No crees que lo hubiera hecho?

—Apuesto a que sí —volvió a reír la mulatita—. Pero prefiero que sigan como están. Y te diré por qué: a los animalitos no me gusta eliminarlos, porque, en general, son mejores que las personas. Y ahora, vamos a descansar.

—¿Hasta cuándo?

—Ellos vendrán a buscarnos, cuando nos necesiten. Y no creo que tarden mucho.

# Capítulo VI

No tardaron mucho, en efecto. Las fueron a buscar a la noche siguiente, apenas hubo oscurecido. David Cole y Bert Xoddam llegaron con el coche, el viejo Joe las avisó, poco después salían del edificio cerrado, por la parte de atrás, que daba a un patio. Desde ese patio pasaron a un taller mecánico, donde dos negros las contemplaban con, curiosidad un instante, prosiguiendo inmediatamente con su trabajo. El viejo Joe regresó por el mismo camino, ellas salieron a la calle, el coche apareció pegado al bordillo, y los dos entraron en la parte de atrás. En el asiento delantero estaban Cole y Xoddam.

—¿No habría sido más fácil salir por la puerta? —preguntó Cora.

—Sí. Pero no es conveniente —explicó Cole, un tanto brusco—. Nadie tiene que ver salir a nadie de la casa cerrada. En cuanto a salir por el bar de Joe, ahora está lleno de clientes.

—Entiendo. ¿Adónde vamos?

—Ya lo veréis.

Fueron por Harlem River Driveway hasta casi llegar a High Bridge, delante de High Bridge Park. El coche se detuvo muy cerca del río, cuyas aguas se veían negras, como porcelana sucia. Por el centro del río se deslizaban algunas embarcaciones de diversos tamaños y cometidos. David Cole fue el primero en apearse, y abrió la portezuela de atrás.

—Salid.

Salieron las dos, ayudada Mabanga por su nieta, que tiraba de sus manos, ya que las caderas de la bruja quedaron encajadas en la abertura. Xoddam se quedó en el coche, y, cuando los vio acercarse a la orilla del río, siguió adelante, perdiéndose en la oscuridad. Cole se detuvo en la orilla, encendió un cigarrillo, chupó de él fuertemente por tres veces, de modo que la brasa destacó mucho, y

luego lo impulsó con el índice y el pulgar hacia el agua, haciéndole describir un largo arco.

Apenas un minuto más tarde, una pequeña barca apareció a favor de la corriente, casi pegada a la orilla. Había un solo hombre manejando los remos. La barca se detuvo, y Cole la señaló.

—Pasad ahí.

Cuando Mabanga abordó la pequeña embarcación, por proa, la barca se alzó de popa, provocando una exclamación de espanto en el remero negro. Cora ayudó a su abuela a colocarse en el centro, y, si bien la barca recuperó su posición conveniente, la línea de flotación varió mucho su nivel. El último en pasar a bordo fue Cole. En seguida, el remero reanudó su labor, refunfuñando por el peso que transportaba la barca. No obstante sus dificultades eran más imaginarias que reales, ya que la embarcación se deslizaba a favor de la corriente.

En menos de dos minutos estaban en el centro del río y casi media milla más abajo. A su izquierda brillaban las luces del Bronx, y a su derecha y más abajo, Manhattan inferior relucía con todos los colores luminosos que pudieran imaginarse. Y en el centro del río, un gran pesquero, que iba a marcha lentísima, como si sus motores estuviesen actuando contra la corriente. La barca se pegó a babor del pesquero, y en seguida fue colocada allí una escalera de madera, pintada de negro, muy sólida… Superada la dificultad que representó que Mabanga subiese por ella, Cora y Cole lo hicieron con agilidad, rápidamente, y acercándose a la orilla de Harlem.

Ya en la cubierta del pesquero, Mabanga y Cora contemplaban al hombre que había colocado la escalera, el cual las contemplaba a su vez, en silencio. Les hizo señas de que le siguieran, y los cuatro bajaron al interior del pesquero; en una parte, habían cuatro puertas, dos a cada lado del pasillo, hacia proa. Hacia popa, donde debía estar el compartimento para carga y conservación del pescado, había un gran tabique de madera, con una puerta en el centro, que permanecía cerrada.

—¿Todo está bien? —preguntó Cole.

El otro negro asintió; y señaló una de las puertas.

—Las está esperando.

Cole fue hacia allá, llamó a la puerta con los nudillos, y luego la abrió. Con una seña, indicó a Mabanga y su nieta que entrasen en el

camarote. Ambas entraron, y, enseguida, su mirada fue hacia el hombre que estaba sentado en un rincón, con la espalda, hacia el ángulo de dos tabiques. Es decir, supusieron que era un hombre, pero también podía ser una mujer. Todo su cuerpo estaba cubierto, desde el cuello a los pies, por un sayal hecho con arpillera, y su cabeza se cubría también completamente con una capucha, en la cual había solamente dos orificios para los ojos. Las manos del personaje estaban cubiertas por guantes negros. Y en el centro del pecho, se veía pintado en blanco un círculo dentro del cual había una estrella de cinco puntas, con dos de ellas apuntando hacia arriba: el símbolo del mal. La redonda portilla estaba cerrada y tapada con tela negra, y, a la luz de una diminuta bombilla roja colocada casi pegada al techo, encima mismo del siniestro personaje, el ambiente no podía ser más tétrico.

Cuando, tras unos segundos de silencio que el personaje dedicó a contemplarlas, habló por fin, lo supieron seguro: era un hombre.

—Sed bien venidas —murmuró amablemente—. David me ha hablado de vuestro notable éxito, y espero que no me defraudaréis.

—Mabanga nunca defrauda —dijo la gordísima bruja.

—Mejor. Pero, como ya os dijo David, entre nosotros vamos a dejarnos de trucos, Mabanga. Guardarás tus trucos para engañar a las personas que te señalaremos.

—Mabanga no engaña: no hay trucos.

El personaje permaneció silencioso unos segundos. En la luz roja que le llegaba por encima, sus ojos eran apenas dos puntitos brillantes.

—No vamos a discutir sobre tonterías —dijo al fin, un tanto secamente—. Sólo quiero que lo hagáis lo mejor posible cuando llegue el momento. Hasta entonces, os explicaré todo lo que tenéis que hacer…

—¿Quién es usted? —preguntó Cora.

—Moise Blackburn. ¿Te dice algo mi nombre?

—No.

—Lo sabía. Pero, sí te debe sugerir algo las palabras Poder Negro, ¿no es así?

Mabanga y Cora se miraron. Mirando luego los guantes negros del hombre; éste había alzado una mano, cerrada, con el pulgar abierto y señalando hacia abajo.

—Hemos oído hablar del *Black Power*, en el Caribe, sí, naturalmente —susurró Cora.

—Es una organización, un movimiento de solidaridad entre los negros, que tendrá que ir extendiéndose en todo el mundo. Cada uno hace su parte para conseguir esto. Yo hago la mía aquí, en Nueva York. Y vosotras, y otras brujas como vosotras, sois mis ayudantes. Conseguiremos que todos los negros del mundo demuestren que valemos tanto o más que los blancos, o que cualquier otra raza. Y este… movimiento de solidaridad tiene que partir de aquí, de Nueva York. Aquí se dará el primer paso… Se está dando ya.

—¿Qué utilidad tenemos las brujas en esto? —preguntó Cora.

—Mucha. Por desgracia, muchos de nuestros congéneres todavía creen que la magia, la brujería, es algo real, que existe, que…

—¿Tú no crees? —cortó fríamente Mabanga.

—No. Ni vosotras tampoco. Dejémonos de tonterías… Tengo ya varias brujas que están realizando su labor, pero cuando me habló David de ti, pensé que serías una colaboración magnífica. Según entiendo, tus trucos son muy superiores a los de las brujas que ya están trabajando para mí… Por eso te he contratado. Esta misma noche vas a demostrar tu… gran poder a las otras brujas y a diversas personas, y si tienes éxito, serás la Gran Bruja Madre de mi… cofradía. ¿Estás de acuerdo?

—Mabanga siempre está dispuesta a demostrar su gran poder.

—Excelente. Tu incorporación será muy valiosa. Como decía antes, nuestra gente, por desgracia, todavía cree en brujerías reales, así que, lo que no deja de ser una desgracia, nosotros vamos a utilizarlo en beneficio del mundo negro. Hemos sido esclavos; hemos sido despreciados y humillados… Eso tiene que acabar. Y el Poder Negro va a conseguirlo.

—¿Cómo? —susurró Cora.

—Utilizando la credulidad de nuestras gentes respecto a la brujería. ¿Sabéis lo que es la ONU?

Mabanga y Cora se miraron, y luego asintieron con la cabeza.

—Lo sabemos —susurró Cora.

—Bien. En esa organización están integrados muchos países de hombres negros. En Nueva York, como delegados de esos varios países, hay hoy día más de sesenta diplomáticos negros… Ya han

muerto cinco, por negarse a ayudar a sus hermanos.

—¿Los ha matado el vudú? —preguntó Mabanga.

—No —rió secamente Moise Blackburn—; los han matado sus propias esposas.

—¿Ellas fueron hechizadas para que lo hicieran?

—Más o menos. Las esposas de esos cinco hombres, y de otros, asistieron a nuestras últimas sesiones de brujería, aquí, en este barco. Y mis brujas cumplieron muy bien mis instrucciones, para convencerlas de que, en determinadas circunstancias, algunas de ellas debían matar a sus maridos.

—¿Eso es lo que tendremos que hacer nosotras? —Presunto Cora.

—Sí.

—Con mi vudú… —empezó Mabanga.

—Tonterías —cortó Blackburn—. Os pago mil doscientos dólares a la semana, así que escuchadme bien, haced lo que os diga, y no compliquéis las cosas con tontas actitudes de brujas auténticas. ¿Está claro?

Mabanga abrió la boca, en un gesto furioso. Pero captó la mirada de Cora, cerró la boca y bajó la cabeza.

—Está claro —chirrió su voz.

—Bien. Voy a poneros al corriente de lo que estamos haciendo, de modo que esta noche vosotras dirijáis las… ceremonias. Dentro de poco nos visitarán muchas personas, varias de esas personas serán esposas de diplomáticos negros que prestan servicios de delegados de sus respectivos países en la ONU. Vuestra atención se centrará especialmente en ellas. Y quiero que seáis muy convincentes… Hasta ahora hemos fallado, por lo que cinco de esos diplomáticos han muerto… Lo ideal habría sido que hicieran lo que les pedían sus esposas…

—¿Qué les pedían ellas? —se interesó Cora.

—Que hablasen en la ONU contra la actitud racista de Estados Unidos hacia sus ciudadanos negros.

—¿Y ellos se negaron?

—Sí. Por eso murieron. Cuando sus esposas estuvieron aquí, se les hizo comprender el beneficio que para los negros del mundo entero significaría que los delegados en la ONU hablasen en beneficio de los negros americanos. Un beneficio para los negros

americanos, y, además, quedaría demostrada la solidaridad entre todos los negros. No sé si entendéis de estas cosas, pero quisiera que pudierais imaginaros a cincuenta diplomáticos negros, de diversos países luchando en las asambleas de la ONU para que a los negros americanos les sean concedidos todos los derechos del ciudadano blanco…

—No se conseguiría nada —dijo Cora.

—¿Por qué no?

—No sé. Creo que sólo conseguirían organizar una gran confusión en la ONU.

David Cole miró sobresaltado a Cora. Por su parte, Moise Blackburn permaneció silencioso unos segundos, fijos sus ojos en la mulatita. Al fin, deslizó, inexpresivamente:

—Eres muy lista… Pero yo no quiero confusiones en la ONU sino que esos cincuenta diplomáticos demuestren que están con nosotros. Su presión en la ONU puede dar lugar a que muchos diplomáticos blancos los apoyen; sabemos que hay muchos países antirracistas. Démosle una oportunidad de echarles en cara a Estados Unidos que el trato que dan a sus ciudadanos negros no es justo. ¿Tú crees que es justo, quizá?

—No. Pero sigo pensando que si ocurre eso, sólo se conseguirá tal confusión en la ONU que durante varios meses, ese organismo quedará inutilizado. Nadie se entenderá en él, no habrá asambleas, no habrá nada. Durante algunos meses, sería como si las Naciones Unidas no existieran. ¿Es eso lo que quiere usted?

Moise Blackburn permaneció en silencio, mientras David Cole contemplaba casi aterrado a la mulatita, muy abiertos los ojos. De nuevo permaneció Blackburn en silencio, por más tiempo que antes.

—Sí… Eres muy lista, y hablas muy bien el inglés… ¿Por qué sabes tantas cosas, tú, que eres sólo una mulata?

—Estuve viviendo con mi abuela tres años en Nueva Orleans. Y allí aprendimos muchas cosas.

—Ah, sí, Nueva Orleans… Bien, no me parece mal que seas tan lista, Cora, no… Al contrario. Así, si tu abuela no me entiende, podrás hacerle comprender, las dos a solas, lo que espero de vosotras.

—Mabanga lo entiende todo —sonrió despectivamente Cora—. Ella es más lista que yo.

—Mejor. Entonces ya sabéis lo que tenéis que hacer: convencer a las personas que se os indicará para que ellas, a su vez, convenzan a sus maridos para que, en la siguiente asamblea de la ONU ataquen a Estados Unidos por su comportamiento con los ciudadanos negros. ¿Está esto bien entendido?

—Sí. ¿Y si se niegan a hablar con sus maridos del asunto?

—Seguiréis con el plan que he venido utilizando hasta ahora. Tenéis que convencerlas de que ésa es la obligación de sus maridos, y de que, si ellos se niegan, querrá decir que están poseídos del demonio, y que, a menos que mueran, los malos espíritus entrarán en sus cuerpos; en los de todos sus familiares, y todas las calamidades del mundo se cebarán en ellos, en sus padres y en su hijos…

—¿Creerán eso?

—Cinco de ellas lo han creído ya… Y cuando sus maridos se negaron a hablar en la ONU atacando la política racista de Estados Unidos, los mataron… para evitar que los malos espíritus entraran en sus cuerpos, en los de sus padres y sus hijos, trayéndoles todas las calamidades del mundo.

—¿Los mataron como un rito de… purificación?

—Sí. Por el bien de ellos, y de toda la familia, los mataron. Se les dijo que, si el marido se negaba a hacer lo que ella le pedía, se retiraran, se apartaran de él. Debían quedar a solas, con el símbolo —se tocó la señal pintada en blanco en el sayal— colgado del cuello, y cerrar los ojos durante cinco minutos, fuertemente. Si en esos cinco minutos se les aparecía un espíritu benéfico que perdonaba a sus maridos, podían volver con ellos tranquilamente, pero, si no veían ninguna aparición, ningún espíritu en sus mentes, no tenían más remedio que matarlos para evitar que todos los demonios entrasen en los cuerpos de todos sus familiares, empezando por el propio marido, siguiendo por ellas y luego por sus hijos…

—Y, claro, no vieron ningún espíritu benéfico.

—No lo vieron —rió Blackburn—. ¿Te sorprende eso?

—No —sonrió Cora—. ¿Ha dicho usted mil quinientos a la semana, señor Blackburn?

—He dicho… Oh… ¿Por qué no? Eres una chica lista, Cora. Serán mil quinientos… Tu abuela ha quedado muy silenciosa.

—Ella está pensando… Sí, está pensando si todo esto lo vamos a hacer en beneficio de los negros del mundo.

—¿Lo dudáis?

—No me parece beneficio para todos los negros del mundo ir matando a los más inteligentes. Y eso es lo que está pensando Mabanga.

—Comprendo. En parte, tenéis razón… Pero ya sabéis que todo cuesta siempre algo… Hay que pagar. ¿Qué importa si mueren algunos de los más inteligentes, si quedan otros, si quedan muchos, muchísimos negros que van a salir beneficiados? Es un sacrificio necesario… O por lo menos, inevitable. Soy el primero en lamentarlo, pero, todos los delegados negros en la ONU que vayan negándose a hacer lo que sus esposas les pidan, irán muriendo…, hasta que haya uno que sea el primero en responder a nuestro plan, y su voz se oiga en todo el mundo.

—Entiendo que usted prefiere que las esposas convenzan a los esposos para que hablen, y no que se vean obligadas a matarlos.

—¡Claro! Lo que yo quiero es que las voces negras del mundo clamen en la ONU contra Estados Unidos por el trato que se nos da; que pidan igualdad auténtica para nosotros… ¡Que los negros seamos de verdad ciudadanos americanos!

—Es mucha ambición empezar por la ONU.

—Ya estamos hartos de perder energías en cosas pequeñas… ¡El Poder Negro está ya cansado de pequeñeces!

—Bien —sonrió Cora—. Siempre es mejor eso que las matanzas en las calles, y las revueltas, los incendios, los saqueos y violaciones… Mabanga y yo vamos a ayudar al Poder Negro. ¿Podemos retirarnos a solas, para pensar en todo esto y prepararlo bien… a nuestro modo?

—David os llevará ahora a otro camarote, hasta que recibamos las visitas que esperamos esta noche. Pensad bien en todo. Quiero un trabajo bien hecho… Podéis ir a ver a las otras brujas, si queréis… Están todas reunidas ya, esperando a la gran Mabanga.

—¿Son brujas de verdad? —masculló Mabanga.

—Tan de verdad como vosotras dos —rió ásperamente Moise—. Son brujas que cobran buenos dólares por su trabajo.

—Entonces, estamos engañando a las mujeres que vienen aquí.

—Quisiera no tener que hacerlo, pero tengo que utilizar los

procedimientos que más impresionen a los de nuestra raza, Mabanga. Como se suele decir, el fin justifica los medios.

—Yo digo…

—Él tiene razón, abuela —susurró Cora—. Vámonos.

Se dirigieron hacia la puerta. David Cole la abrió, dejando paso a Mabanga, que apenas cabía por el marco. Cuando Cora iba a salir, se oyó de nuevo la voz de Moise Blackburn, ahora en un tono diferente, espesa, tensa. Cuando Cora se volvió notó la mirada de los pequeños ojos fijos en su pecho…

—Contigo hablaré en otro momento a solas, Cora —dijo sordamente Moise Blackburn.

—¿Sobre qué?

—Ya lo sabrás.

Cora sonrió prometedoramente.

—Está bien… Acudiré cuando usted me llame.

—Así ha de ser. Ah, una cosa: una de las mujeres que tenían que haber matado a su marido hace dos noches no lo hizo… Y esta noche va a venir, para pedir gracia para ella, para él y para toda la familia. Quiero que le deis un buen escarmiento…, algo que haga comprender a las demás que es una locura resistirse a los designios de los espíritus: si ellos no hacen lo que se les pide, deben morir. Y si ellas no los matan, sucederán cosas aún peores… ¿Entendido?

—Sí.

—Pues convencedlas. Yo estaré presente… y espero que me guste vuestra actuación.

Movió una de las manos enguantadas en negro, y Mabanga y Cora fueron llevadas ante otra puerta por David Cole, que miraba a la mulatita de un modo extraño, entre irritado y asombrado. Abrió la puerta, y en aquel momento se oyeron pasos en la escalera de madera que llevaba a cubierta. Todos miraron vivamente hacia allí y vieron al negro de antes precediendo a dos hombres altos y fornidos, que vestían de modo idéntico a Moise Blackburn, es decir, que no podían ver sus rostros encapuchados, ni sus manos enguantadas, ni siquiera las ropas que vestían bajo el gran sayal negro, Lo único que se podía ver de ellos era esto, y los zapatos y los extremos de los pantalones.

—Entrad —dijo Cole.

Entraron las dos en otro pequeño camarote, que, como todo el

barco, olía a pescado. Los dos fantasmones y el negro pasaron hacia el camarote de Blackburn sin mirarlas.

Cora musitó:

—¿Quiénes son?

—No te importa —gruñó Cole.

Cerró la puerta ante las narices de la mulatita, y ésta, sonriendo, se volvió hacia Mabanga. Iba a decir algo, pero lo pensó mejor, y, antes de hablar, examinó rápida pero muy eficazmente el sórdido camarote, que tenía unas literas dobles.

—No me gusta esta gente —dijo Mabanga.

—Ni a mí. Pero tienes que portarte más dócilmente, Mabanga. Y ahora permanece en silencio, por favor.

La hermosísima mulatita acercó una oreja a la pared izquierda del camarote, y entornó los ojos en un gracioso gesto de suma atención. Pero ni siquiera su finísimo oído pudo captar nada que mereciese su interés. Se apartó del tabique, y quedó pensativa. Por fin recogió el maletín del suelo, lo colocó sobre la litera superior y lo abrió.

—¿Qué haces? —preguntó Mabanga.

—Estoy preparando mi magia —sonrió Cora.

Sacó el estuche de lápiz labial, lo desenroscó haciéndolo girar al revés por la base, y, del fondo del pequeño cilindro metálico, sacó dos pequeños objetos oscuros, planos, y los hizo saltar en la palma de su mano, siempre pensativa. Guardó uno, dejó el pintalabios como había estado, y se quedó el otro diminuto objeto en una mano. Luego fue a la puerta, la entreabrió una pulgada, y echó un vistazo al pasillo. Volvió a ajustar la puerta hasta que la ranura fue estrechísima y entonces se sentó en el suelo, haciéndole señas a Mabanga para que se acercara. La negra se sentó delante de ella, como desparramándose por el suelo.

—Dentro de unos minutos iremos a pedir información a las brujas de Harlem sobre cómo están las cosas, quiénes van a venir, y cómo tienen enfocado el asunto —musitó Brigitte, seriamente—. Quiero que recuerdes en todo momento que has venido a ayudarme, Mabanga, y te ruego que no discutas nada de lo que yo te diga. Simplemente ayúdame. ¿Lo harás?

—¿Tengo que perdonar a esas brujas falsas? —Gruñó la negra.

—A su debido tiempo les daremos una lección. Pero será cuando

yo te lo diga. ¿Harás todo lo que yo te pida? ¿Por favor?

—Está bien —refunfuñó la negra bruja—. Sólo por ti estoy soportando todo esto.

—Te lo agradezco mucho. Y ahora, escucha atentamente…

# Capítulo VII

Veinte minutos más tarde, cuando ya las dos estaban silenciosas, la mulatita se irguió, de pronto. Acercó su rostro a la estrechísima rendija de la puerta, se puso en pie, y ayudó a Mabanga a hacer lo mismo. Volvió a mirar, esperó dos segundos y, de pronto, salió al pasillo, impetuosamente… El resultado de tan torpe salida fue que se dio de bruces contra uno de los dos fantasmones que salían de visitar a Moise Blackburn; rebotó en su pecho, pareció que le fallaba una pierna y cayó de rodillas delante del otro, ante sus pies. En un perfecto simulacro de conservación del equilibrio, las manos de Cora se sujetaron al pantalón del hombre ante cuyos pies estaba… Y lo consiguió: quedó arrodillada, confusa, tambaleante. Alzó la cabeza e intentó sonreír.

—Perdón —musitó—. He salido tan de prisa.

El hombre se desasió, con un gesto brusco, y David Cole se apresuró a ayudar a Cora a ponerse en pie. La dejó junto a la irritable Mabanga, que lo contemplaba agresivamente, y siguió su camino, en pos de los hombres, que seguían hacia las escaleras. Ninguno de los dos había pronunciado una sola palabra. Cuando los tres hubieron desaparecido hacia cubierta, Mabanga miró maliciosamente a su nieta.

—Eres muy torpe, querida niña.

—Sí —sonrió la mulatita—: muy torpe. Vamos a ver a las brujas.

Se detuvieron delante de la puerta que cerraba el paso al pañol de carga, en estado de ánimo completamente diferente. Mabanga, con ira mal contenida. Cora, llena de curiosidad, porque iba a conocer, finalmente, a las brujas de Harlem.

Empujó la puerta, entró rápidamente, y se colocó a un lado.

—Mabanga ha llegado —dijo.

Su voz sonó alta, clara, por encima del rumor que había en el «aposento». Y en el acto, todo aquel rumor cesó. Se hizo un silencio

brusco, completo, y Mabanga entró, lentamente, también como su nieta sin mirar a ningún lado, fija la mirada en el centro del pañol, donde alguien había tenido la buena idea de colocar un recipiente, en el cual ardían unos troncos. Cora cerró la puerta, y se quedó apoyada de espaldas en la madera, mirando entonces a su alrededor, igual que estaba haciendo Mabanga, colocada junto al recipiente de cobre.

Entonces, bajo un silencio tétrico, la gran bruja Mabanga pasó revista a sus colegas.

Había seis. Estaban todas sentadas en el suelo, sobre pieles de cabra, inmóviles, fijos en ellas sus ojos, que parecían arder con el reflejo de las llamas. Las seis eran viejas, desgreñadas, flacas, huesudas. Sus negros rostros parecían bailar en destellos rojos. Iban vestidas completamente de negro, y sus manos nudosas descansaban sobre el regazo. Una persona corriente que hubiese entrado allí de sopetón, sin duda habría lanzado un alarido de espanto al encontrarse ante aquellas seis horribles viejas negras, de cabellos grises y sucios, de mirada de fuego. En las paredes del casco del barco había cuervos disecados, amuletos diversos, como cráneos de cabra, huesos de gallo, adornos de plumas negras, símbolos esculpidos en madera… En un rincón, en una tosca jaula de madera, había dos pequeños cabritos negros que balaron asustados, de pronto, quizá porque presintieron algo terrible. Atados por las patas a unos cordeles que se unían a clavos hundidos en el casco del pesquero, había cinco gallos blancos, cuyos ojos malignos, redondos, miraban hacia Mabanga. En el ambiente flotaba un perfume intenso, algo acre y dulzón a la vez.

Mabanga hizo uno de sus pases mágicos, y un pequeño estallido de fuego azul brotó entre la jaula de los cabritos y los cinco gallos blancos; éstos cloquearon excitadamente, como gallinas, y los cabritos lanzaron sus quejumbrosos balidos, moviéndose en la jaula. Las brujas de Harlem habían respingado, y sus ojos miraban ahora con un nuevo destello de temor a la gran Mabanga.

La cual volvió a hacer uno de sus «pases mágicos», y ahora, la bola de fuego estalló delante mismo de las seis brujas, hacia el centro. Hubo un grito colectivo, las brujas se alzaron, se agitaron, se movieron sin saber qué hacer… Sus voces fueron acalladas en el acto por la fría voz de la nieta de Mabanga.

—Silencio —exigió—. Dejad lugar a Mabanga.

La gordísima bruja caminó hacia donde habían estado sentadas las brujas de Harlem, examinó con certero vistazo las pieles de cabras, y eligió la más grande y mullida. La tomó en sus manos y la sacudió furiosamente.

—Sapos y culebras —mascullió—. Íncubos y súcubos... Abandonad la posesión de Mabanga. Yo os lo mando.

El sortilegio de Mabanga tuvo una consecuencia escalofriante: de la piel de cabra comenzaron a brotar apagados gritos de dolor, de furia, de sufrimiento infinito, de agonía... Durante unos segundos, para terror de los presentes, incluidos los animales, la piel de cabra pareció cobrar vida, albergar entre sus pelos a seres en continuo sufrimiento... Esas voces cesaron de pronto y en seguida se oyó el silbido de varios reptiles, que también parecían estar agazapados en la piel de cabra. Cesaron también bruscamente, y Mabanga volvió a sacudir la piel, la colocó cuidadosamente en el suelo y se sentó encima, desparramando sus prodigiosas nalgas.

—Podéis sentaros —dijo.

Las brujas de Harlem permanecieron inmóviles. Sólo reaccionaron cuando vieron a la hermosa mulatita caminar hacia el fuego, y sentarse delante, de lado, con respecto a Mabanga.

—Fuego que ardes, fuego que sufres, fuego que vives —murmuró sordamente Mabanga—. Dinos si los espíritus están con nosotros y son propicios esta noche.

La nieta de Mabanga se había puesto rígida, había cerrado los ojos. Estuvo así casi un minuto, ante las temerosas miradas de las brujas de Harlem. De pronto abrió los ojos, se acercó más al fuego y estuvo mirándolo durante medio minuto más. Por fin, colocó sobre las llamas sus dos brazos desnudos..., acto que provocó un murmullo de espanto entre la media docena de brujas, que se agitaron inquietas, impresionadas...

Finalmente, Cora retiró sus brazos del fuego, volvió a sentarse con las piernas cruzadas, y quedó inmóvil. Cerró de nuevo los ojos, y de su boca comenzaron a brotar sonidos que nadie pudo entender..., excepto Mabanga, naturalmente. La cual, cuando su nieta volvió a quedar en silencio, extendió ambos brazos hacia el fuego.

—Grande es el poder de Mabanga —silabeó—. Los espíritus

están listos para acudir. Sólo Mabanga puede establecer el contacto con ellos… Sólo Mabanga, porque sólo Mabanga es bruja, y no hay más bruja que Mabanga… Las demás son impostoras. Caiga sobre ellas la mald…

—¡Cállate! —gritó una de las brujas, adelantándose—. ¡Quiero que te calles! Aquí todas somos iguales, y no vamos a consentir que nos humilles con tus trucos.

Mabanga ni siquiera la miró. Señaló el suelo, delante de ella.

—Que se siente ante mí la impostora que ha hablado —ordenó —. Si alguna de las dos es bruja, pronto lo sabremos.

La anciana negra, la más horrible de todas, lanzó unas horrendas maldiciones, pero se sentó donde Mabanga le había indicado. Ambas quedaron mirándose fijamente, inmóviles, cruzadas las piernas. Mabanga estaba terriblemente seria, pero la otra bruja la miraba con expresión sarcástica, entornando sus diminutos ojos como bolas de cristal negros. El duelo de miradas quedó establecido, y segundos después, Mabanga movió una mano paralelamente al suelo.

—Sopla el viento de la muerte… —susurró.

Sus ojos estaban terriblemente fijos en la falsa bruja. De pronto, las seis brujas de Harlem comenzaron a oír, en el pañol con olor a pescado y a inciensos, un suave viento, que lentamente fue aumentando de tono, hasta convertirse en un aullido terrible que parecía capaz de romper sus tímpanos. Las cinco brujas de Harlem comenzaron a gemir, estremecidas, tapándose los oídos con las manos, encorvándose… De pronto, el furioso aullido del viento cesó.

Y también de pronto, la bruja que estaba delante de Mabanga lanzó un chillido, se crispó, se llevó ambas manos al vientre y cayó de costado, aullando, gimiendo, convulsionándose…

—Llegan los murciélagos del mal —dijo Mabanga.

La bruja que se agitaba en el suelo alzó ambas manos, protegiéndose el rostro con ellas, dando manotazos, como pretendiendo alejar algo que se cernía sobre su cabeza. Sus chillidos eran espantosos, su cuerpo parecía ir a romperse en sus continuas sacudidas espasmódicas…, hasta que Mabanga dijo:

—Todo ha terminado.

Todo cesó. La bruja de Harlem quedó tendida en el suelo,

sollozando agudamente, cubierto su rostro por abundantes lágrimas… La puerta se abrió bruscamente y apareció David Cole, pistola en mano, seguido por Moise Blackburn, que parecía más fantoche que nunca, con su largo sayal.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Cole.

—¿Qué significa este escándalo? —inquirió agudamente Blackburn.

Cole se acercó a la bruja que sollozaba en el suelo y la puso en pie de un tirón. La arpía lanzó un chillido, se soltó y corrió a refugiarse detrás de sus compañeras, que se estremecieron de espanto, gimoteando al unísono:

—Mabanga es una bruja… Mabanga es una gran bruja… Sólo Mabanga es bruja…

—Silencio —exigió Blackburn—. No quiero tonterías ahora. No me importa lo que haya pasado, pero el juego termina aquí. Dentro de poco empezarán a llegar las visitas. ¿Lo tenéis todo preparado?

Nadie se movió ni contestó. Mabanga alzó uno de sus rollizos brazos y dijo:

—Que sean preparados los sacrificios de esta noche.

Las brujas de Harlem, incluida la que había padecido bajo el gran poder de Mabanga, se pusieron frenéticamente en movimiento. Cerca del fuego fue colocado un pequeño banco de madera, sobre el cual colocaron uno de los cabritos, sólidamente atado. El animal balaba desesperadamente, pero nadie parecía oírlo.

Un brazo de Blackburn señaló hacia la puerta, y David Cole no necesitó más explicaciones. Salió del pañol, mientras Moise Blackburn, más fantasmón que nunca, se dirigía a un rincón, donde se sentó, en silencio, contemplando los preparativos de las brujas.

Porque, efectivamente, las visitas serían recibidas muy pronto.

# Capítulo VIII

Sobre el banco de madera se veía solamente ahora el corazón del cabrito, casi palpitante todavía. Se habían realizado brujerías «beneficiosas» hasta el momento, consistentes en reparto de porciones para aumentar el ardor del marido, para curar verrugas, y, especialmente, dos comunicados con espíritus de familiares de dos de las mujeres que asistían a la sesión. El contacto había corrido a cargo de Mabanga, por medio de su nieta, que había permanecido en trance, emitiendo aquellos sonidos que solamente la gran Mabanga podía comprender. Los «espíritus visitantes» habían llevado la alegría al ánimo de sus familiares, asegurando, por medio de Mabanga y de Cora siempre, que se hallaban felices en su nueva existencia, y recomendando, de modo especial, fidelidad a la raza negra.

Todas las brujerías habían sido seguidas con avidez y ansiedad por las visitantes: Todas mujeres, mucho más impresionables que los hombres. Había nueve, en total, sentadas en los bancos dispuestos frente a Mabanga y las brujas de Harlem, con el fuego entre medio. Habían sido recogidas en tres puntos distintos de la orilla del Harlem River, y ahora, el pesquero, debía estar en alta mar. Pero nadie pensaba en eso. Sabían que cuando la sesión terminase, todas serían desembarcadas, y podrían volver a sus casas tranquilamente.

Tranquilamente…, pero no todas.

No todas, porque, de pronto, Mabanga quedó silenciosa, y su gesto se nubló, sus ojos parecieron oscurecerse aún más, convertirse en sendos pozos profundísimos, quizá sin fondo, sin fin…

—Una de vosotras —dijo de pronto— no ha cumplido lo que debía cumplir. No mató a su marido, y ahora, los malos espíritus están llegando, se apoderarán de ella y de su marido, y de sus hijos y sus padres… Y si permitimos a los malos espíritus que lleguen

hasta nosotros, difícil será luego volverlos a sus tinieblas. Que se ponga en pie la que no cumplió lo que debía cumplir.

Su mirada fue hacia los bancos donde estaban las visitantes, todas ellas jóvenes, elegantes, con algunas joyas. Ropas y adornos de la llamada civilización, pero conteniendo en sus pechos y en sus cerebros todo el temor, todas las creencias ancestrales de su raza.

Una de ellas se puso en pie, desencajado el rostro, desorbitados los ojos, temblorosas sus piernas. En su rincón, Moise Blackburn, que no había dicho ni una sola palabra durante toda la sesión, la miró, y en sus ojos, que nadie podía ver, apareció un destello de regocijada curiosidad cuando los desvió hacia Mabanga.

—¿Fuiste tú? —preguntó Mabanga.

—Sí… Pido perdón, pido piedad… Lo amo… Volveré a pedirle que hable por nuestra raza, volveré a…

—No hay tiempo ya —cortó fríamente Mabanga—. No hay tiempo, según me indican todos los signos. Pero lo voy a intentar por ti. Voy a intentar pedir clemencia. Los signos lo dirán todo.

Sacó una bolsita del seno. De ella, varios huesos, que podían ser de pollo. Los tomó todos en una mano, la agitó, murmurando palabras cabalísticas y, de pronto, los dejó en el suelo. Todas las miradas, excepto la de la hierática Cora, fueron hacia los huesos, contemplando el dibujo que formaban al amontonarse. La mirada más interesada de todas era la de Mabanga, que dijo:

—Sólo puedo interceder ante Satanás…

Las brujas de Harlem comenzaron a escupir y a trazar signos en el aire con sus negros dedos sarmentosos, mientras, a coro, gemían:

—No lo invoques… No lo invoques… No lo invoques…

—Nuestra hermana pecadora quizá consiga perdón… Callaros, brujas de todos los tiempos… ¡Callaros!

—No lo invoques —canturreaban las brujas de Harlem—. No lo invoques, no lo invoques, no lo in…

—¡Silencio! Mabanga va a invocar al demonio.

El silencio fue brusco y total. Mabanga cerró los ojos un instante, y cuando los volvió a abrir, rayos negros parecían brotar de ellos.

—Verbum phytoneum —comenzó a recitar la frase mágica de invocación—. Mysterium salmandros… Conventus sylphorum… Antro, gnomorun, demonie coeli Gad… Gibor, Jehosua, Almousin,

Evam Zariatnatimik… Por Eloin, Adonaii Jehová, Adonaii Sabaoth, Adonáii, Met ratón On Agía, Adonaii Mathon…: Doemonie, veni, veni, veni, veni…

Hubo un silencio. Luego, Mabanga, repitió la invocación, hasta tres veces. Finalmente, miró a la desfalleciente negra que permanecía en pie.

—No se alza el viento de tormenta —silabeó lentamente—. No hay frío en vuestros corazones, ni sudor en vuestros cuerpos, ni los animales han sido presa del terror… No ha soplado el ardiente viento fétido, ni vuestros cabellos se han erizado… El espíritu maligno no quiere venir.

—¿Y qué… qué significa eso…? —musitó apenas la negra enjuiciada.

—Significa que no quiere escucharnos… Y no puede haber perdón en quien no quiere escucharnos.

—¡No! ¡Llámalo de nuevo! ¡Pídele…!

—¡No se le puede llamar de nuevo! Ya nada más se puede hacer. Nada más. Todo está hecho. Todo está decidido.

—¿Qué… qué va a… pasarle a mi marido…? ¿Y a mí? ¿Qué va a… a pasarnos…?

—Moriréis. Si no morís vosotros, los espíritus del mal vendrán a todos nosotros.

—Dales la muerte —canturrearon las brujas de Harlem—. Dales la muerte, dales la muerte…

—¡Silencio! Ellos van a morir… Los dos van a morir justo al empezar el nuevo día.

—No —sollozó la negrita—. No, no, no… Yo le diré a él…

—Ya no puedes decirle nada. ¿Cuál es tu nombre?

—¡No! ¡No lo diré!

—¡Los malos espíritus vendrán a por nosotras si ella no lo dice! —chilló otra de las visitantes—. ¡Yo sé su nombre, y el de su marido! ¡Él se llama Doko Tibo, y ella Diona!

Diona Tibo se echó a llorar, contemplada despiadadamente por todos los reunidos. Mabanga se llevó ambas manos al pecho, y luego las separó lentamente.

—Hoy hemos terminado —susurró—: Mi nieta y yo estamos fatigadas…

—¿No señalas a ninguna para que haga la petición a su marido,

Mabanga? —preguntó de pronto Moise Blackburn—. Ya que han venido, deben salir de aquí con una misión que cumplir.

—No. Todavía hay algunas dudas en sus corazones, como ha demostrado Diona Tibo. Mabanga no quiere más dudas. Cuando se trata de la raza negra, hay que luchar por ella hasta el fin. Hoy no señalaré a ninguna para que convenza a su esposo de que debe hablar en favor de los negros americanos… Lo haré mañana.

—Pero mañana no hay sesión —musitó una de las visitantes.

—Habrá sesión. Mañana, todas sabréis que los Tibo han muerto bajo el vudú. Entonces, ya no tendréis más dudas. Entonces vendréis por la noche otra vez aquí y entonces, sólo entonces, Mabanga elegirá a aquellas de vosotras que deberán convencer a sus esposos para que luchen en la ONU por los negros de América y de todo el mundo. Hoy he terminado.

Se quedó como una estatua. Blackburn estuvo inmóvil unos segundos y por fin se puso en pie, fue hacia la puerta y la abrió. Las visitantes fueron saliendo. Arriba serían atendidas por Smith y Cole, que las irían dejando en diferentes puntos de tierra firme, a lo largo de la orilla del Harlem River.

Y cuando la puerta se hubo cerrado tras la última de las visitantes, Moise Blackburn se volvió hacia Mabanga.

—Has debido señalar alguna esta noche, Mabanga. Mis órdenes…

—Tus órdenes serán cumplidas mejor a partir de mañana, después que sean encontrados muertos los esposos Tibo. Ya ninguna otra esposa se negará a cumplir su cometido, sea cual sea. Cogerán tal pánico que harán todo lo que se les ordene, sin vacilar nunca más.

—Bien… Eso sería muy conveniente, lo admito. Pero dime cómo podemos asesinar esta noche a los esposos Tibo para que mañana ellas crean que ha sido el vudú y que…

—No hay que asesinar a nadie —replicó secamente Mabanga—. El vudú lo hará.

—Oh, vamos, vamos…

—Mabanga lo hará —dijeron a coro las brujas de Harlem—. Mabanga, la gran bruja, hará vudú y matará…

—Dejaros de tonterías —alzó la voz Moise Blackburn, más fantoche que nunca—. Todos sabemos que estamos jugando a

brujas, así que…

—Mabanga es bruja —dijo la que horas antes lo había dudado y pagado muy caro—. ¡Mabanga es bruja!

Los ojos de Blackburn fueron de la bruja que había hablado, a Mabanga y de Mabanga a todas las brujas de Harlem; estuvo silencioso unos segundos, y por fin encogió los hombros.

—Si es bruja que lo demuestre. Porque si no lo demuestra, y mañana los esposos Tibo no son hallados muertos en su domicilio, yo mataré a alguien sin vudú. No estoy dedicando tantos esfuerzos a esto para perder ahora todo mi poder por tonterías. ¿Me has entendido, Mabanga?

—Te he entendido. Y ahora quiero volver al sitio que me has destinado para descansar durante el día.

—Dentro de media hora, cuando hayamos desembarcado a todas, David Cole os llevará a ti y a tu nieta a la casa cerrada. No tengáis tanta prisa, porque, de todos modos, tendréis que esperar a que nadie pase por la calle, para no ser vistas por allí. Piensa en tu vudú… y te deseo que encuentres una solución para el lío en el que tú misma te has metido… Hasta, mañana… espero.

* * *

Una hora más tarde, Xoddam y Cole las dejaban ante la puerta cerrada ya del bar de Joe Aberdeen. Éste abrió, ellas entraron y los dos negros se fueron en el coche.

Un minuto más tarde, Mabanga y Cora estaban en la habitación que compartían en la casa cerrada.

—Asegúrate que el viejo Joe se ha ido —musitó Cora.

Mabanga salió al pasillo y miró a todos lados. Luego entró en la habitación que servía de enlace con el pasillo de la casa de Joe Aberdeen, la vio cerrada, y regresó junto a su nieta.

—Se ha ido.

—Bien.

La hermosísima mulatita metió una mano en su seno, y sacó una pequeña figura de barro que durante las «ceremonias» en el pesquero había estado exhibiendo y agitando a instancias de Mabanga. Sonriendo, la colocó en el suelo, y la aplastó, cuidadosamente con un pie. La arcilla seca se partió, y quedó visible

un encendedor de platino y brillantes. Cora lo recogió, y lo hizo saltar en la palma de su mano, todavía sonriendo.

—No es posible que con eso hayas conseguido tomar fotografías —dijo Mabanga.

—Te convenceré pronto de lo contrario; entre esta pequeña cámara y tus «mágicos», fogonazos, que han hecho de *flash*, he conseguido impresionar fotos que ganarían cualquier concurso Ya te he dicho que mi magia es diferente a la tuya. Y hablando de magia…

Sacó el paquete de cigarrillos y tiró, de uno de ellos.

—¿Tío Charlie?

—¡Baby! ¡Estábamos temiendo que…!

—Todo va bien. Espléndidamente diría yo. ¿Está usted en la floristería?

—Sí, claro. Aguardando que usted…

—Usted y Simón tendrán que salir a dar un paseo con el coche. Siento mucho hacerles pasar frío a estas horas. Recoja su receptor de señales y salgan a la caza de uno de mis emisores. Está emitiendo en la frecuencia Baby, naturalmente.

—¿Tiene una pista? —exclamó Pitzer—. ¿Ha conseguido colocar uno de sus pequeños emisores en alguna parte?

—Por supuesto.

—¡Bien! ¡Estupendo! ¿Dónde lo colocó?

—En los pantalones de un hombre.

Pitzer estuvo silencioso un par de segundos, antes de musitar:

—¿En los pantalones de un hombre? ¿Qué… qué ha pasado…?

—Tranquilícese —rió la mulatita más bella del mundo—. No ha pasado nada de lo que su malicioso cerebro está pensando. Búsqueme esos pantalones y llámeme cuando los tenga definitivamente localizados… *Okay*?

—*Okay*.

—Pues hasta luego, tío Charlie.

Cerró la radio, la colocó en el maletín y cerró éste. Miró a Mabanga, que la contemplaba con cariñosa expresión.

—¿Te asustaste cuando llegó el viento de muerte? —preguntó la bruja.

—¿Qué viento de muerte?

—Cuando me desafió aquella impostora: llegó el viento de

muerte, y todas las brujas de Harlem se pusieron a chillar y a llorar…

—Eso sí lo vi y oí —rió Cora—. Pero no oí el viento de muerte.

—¿Y los lamentos de agonizantes, los gritos de espíritus, los silbidos de serpientes…?

—¿De qué hablas?

—Cuando sacudí la piel de cabra, se oyó todo eso.

—Yo no oí nada. Mabanga, ¿no lo entiendes? Tú posees un gran poder de sugestión colectiva, incluso. Puedes hacer que alguien que está esperando sentir un dolor al pinchar tú un muñeco, lo sienta realmente, y puedes conseguir que oigan tu anunciado viento de muerte…, y los silbidos de serpiente, y los gritos de agonía… Pero sólo puedes conseguir eso con mentes inferiores a la tuya. Los sugestionas, eso es todo; Y debo admitir que tu poder es realmente grande.

—Pero tú no oíste nada.

—Bien… No quiero molestarte —sonrió amablemente Cora—. Pero es posible que mi mente no sea inferior a la tuya. Me han ocurrido muchas cosas en la vida, Mabanga, y he aprendido de todo: han intentado envenenarme, hipnotizarme, vencerme con el suero de la verdad… Y siempre han fracasado. Para que lo entiendas, lo diré en los términos que quizá tú misma emplearías: mi cerebro tiene demasiada luz para quedar cegado por la luz de otro u otros cerebros. Yo sólo oigo y veo lo que realmente existe.

—Tú no crees en Mabanga.

—Por el contrario. Si yo fuese tú me contrataría en clubs nocturnos y en poco tiempo sería millonaria. Pero de eso a matar con el vudú y cosas así.

Mabanga abrió la boca, dispuesta a protestar. Y en aquel momento, la puerta del cuarto se abrió, y en el umbral, tenso el rostro, quedó cerrando la salida David Cole. Junto a él y un poco atrás estaba Bert Xoddam.

Y cada uno empuñaba una pistola.

# Capítulo IX

—Las brujas en la intimidad —deslizó irónicamente Cole, tras unos segundos de silencio—. ¿De qué hablan las brujas en esos momentos, bella Cora?

—¿Qué haces aquí? —musitó ésta—. Os marchasteis los dos, y…

—Y hemos vuelto. Pero por atrás, sin que lo sepa el viejo Joe. A él no le interesan estas cosas, así que hemos entrado por el taller, en el que no hay nadie ahora, luego por el patio, y finalmente por la puerta de atrás.

—Ya conocemos ese camino de sobra —replicó Cora—. ¿Qué es lo que queréis?

—Lo mismo que te pedirá el tal Moise Blackburn cuando estéis a solas tú y él. ¿Acaso no comprendiste para qué quería verte a solas en el momento oportuno? Eres tan hermosa. Cora… ¿Lo comprendes?

—Sí. Pero ya te dije que la magia me impide tener hombre que…

—Menos tonterías. Moise Blackburn sabe que todo eso son paparruchas, como nosotros. Y te pedirá que olvides la magia para ser solamente mujer con él. Pues bien: antes que eso suceda, lo serás con Bert y conmigo, que tenemos más derecho que Blackburn.

—¿Más derecho que él? ¿Por qué?

—Porque… Oh, ya lo verás, ya lo verás… Ahora dile a tu abuela que salga de aquí, que se vaya a otro cuarto. Bert la estará vigilando, y cuando yo termine contigo, vendrá a por su parte. Luego nos iremos en el coche que hemos dejado en la esquina y, si sabes lo que te conviene, no le dirás ni una palabra sobre lo ocurrido a Moise Blackburn. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Pues dile a tu abuela que salga de aquí y tú empieza a quitarte esa porquería de ropa que llevas.

Mabanga dio un paso hacia la puerta, alzando ambos brazos, temblorosos los dedos, lanzando chispas por los ojos.

—¡Vas a ser un cerdo antes de que…!

David Cole saltó hacia el centro del cuarto y golpeó a Mabanga con la pistola en la cabeza, derribándola. La negra rodó por el suelo, y Cora se apresuró a auxiliarla. No había perdido el sentido, pero estaba bastante aturdida, y un hilillo de sangre resbalaba desde su frente hacia una mejilla… Cuando las dos miraron a Cole, éste las apuntaba con su pistola.

—Dile a esa bruja que se calle de una maldita vez, y que haga lo que le he dicho, o la mato ahora mismo. Que ella se quede quieta, sé tú dulce con nosotros, y todo terminará bien ¡Vamos!

Cora ayudó a Mabanga a ponerse en pie y la empujó hacia la puerta.

—Ve con Bert, abuela.

—No. Estos hombres malditos te…

—No importa, abuela; alguna vez tenía que suceder. Sabes que siempre han querido hacerlo: en el Caribe, en Nueva Orleans… Por fin ha llegado el momento… Ve allá y no sufras por mí. Vete, te lo ruego.

La única que captó el auténtico tono de voz de la mulatita fue Mabanga, y entonces obedeció dócilmente. Ella y Bert Xoddam salieron del cuarto. Cole cerró la puerta, se guardó la pistola, y sonrió.

—Ya verás cómo no es tan malo —prometió amablemente—. Vamos, quítate esas ropas.

Cora asintió con la cabeza, y se quitó el tosco vestido para brujerías. Quedó solamente cubierta con un negro jersey muy largo, que le llegaba más abajo de las ingles. Una mirada de Cole, y se quitó también el jersey, quedando en las dos diminutas prendas interiores, de color azul cielo, cuyo tono destacaba sugestivamente con la oscura piel.

—Todo —dijo roncamente Cole.

—No —dijo ella—. Todo, no.

Una mueca de furia apareció en el rostro de Cole. Se acercó, adelantó una mano, y asió la prenda superior.

—¡Cuando yo digo que te quites todo, tienes que qui…!

Dio un fuerte tirón de la prenda, pero sin llegar a arrancarla

porque Cora se desasió hábilmente de la negra mano, cuyas uñas resbalaron por la piel de la mulatita, sin clavarse, debido a la posición de los dedos, pero dejando cuatro rayas doradas en la casi negra piel… Cuatro largas, anchas y perfectamente visibles rayas doradas. Era como si, de pronto, bajo las tinieblas de aquella piel, apareciese la luz del sol, en doradas franjas.

David Cole quedó como petrificado, todavía su mano tendida como una garra, fijos sus desorbitados ojos en aquella extraña salida del dorado sol bajo la negra piel. Por fin, todavía atónito, su boca se abrió en un gesto incrédulo.

—Tu piel es de mujer blanca… ¡No eres…!

Llevó rápidamente la mano a la pistola, pero mientras él efectuaba tan sencillo movimiento, la pantera que tenía delante era capaz de ir a la China y volver, como un relámpago. Y la distancia a recorrer era en aquella circunstancia mucho más corta. Ni siquiera había tocado Cole su pistola cuando la falsa mulatita se había colocado ya delante de él con un salto que llevó el espanto al corazón del hombre negro. La mano derecha de Cora se alzó y se abatió, veloz y fuertemente, crispada… Fue un golpe fulminante en plena cabeza de Cole, que emitió un gemido y cayó al suelo cómo aplastado.

La más peligrosa y divina espía del mundo se arrodilló junte a él, y con dos deditos tocó una carótida. Muerto. Contempló un instante el hendido cráneo, y una mueca de disgusto apareció en el bello rostro. Pero, ciertamente, no había tenido opción: o él o ella. La elección no admitía dudas.

Se puso en pie, sacó su pistolita del maletín y salió al pasillo. Se acercó a la puerta del cuarto que en principio le habían destinado a ella y aplicó una orejita a la madera. Su finísimo oído percibió claramente, adentro, las dos respiraciones. Estaban allí.

Abrió la puerta, de pronto, y dio un paso hacia dentro, con la pistolita por delante.

Mabanga estaba sentada en el suelo, y delante de ella, pistola en mano, de pie y de espaldas a la puerta, estaba Bert Xoddam. Lanzó un respingo al oír tan brusca apertura de puerta, y se volvió.

Plof.

La balita dio en su frente, lo empujó hacia atrás como en una sacudida, y Bert Xoddam acabó cayendo de espaldas, rígido, todavía

con la pistola en la mano. La mulatita miró a su abuela, sonriendo secamente.

—¿Estás, bien, Mabanga?

—Sí.

—Vamos al otro cuarto.

Mabanga se puso en pie, trabajosamente, mientras Cora asía de un tobillo a Xoddam y tiraba de él: lo llevó arrastrándolo hasta el otro cuarto y lo metió debajo de una de las camas, tras quitarle de un bolsillo las llaves del coche. Luego metió a Cole bajo la otra cama, y se volvió hacia la negra, que la miraba fijamente.

—Ellos se lo buscaron —musitó—. ¿No estás de acuerdo?

—Sí. ¿Vamos a marcharnos?

—Yo voy a salir. Tú te quedarás aquí.

—¿Adónde vas?

—Tío Charlie no tardará en llamarme para decirme que han localizado los pantalones; pera entonces, yo estaré en la calle, con un coche, de modo que ahorraré tiempo. Saldré por atrás.

—¿Yo no hago nada?

—Nada. Si viniese el viejo Joe, no le dejes entrar, y convéncele de que estoy aquí, durmiendo.

—Está bien.

Cora abrió el doble fondo de su maletín, sacó una fina malla negra, y se la puso; quedó ajustada completamente a su cuerpo. Luego se puso un abrigo de lana de su equipaje adquirido para representar a la nieta de Mabanga, y miró a ésta mientras asía el maletín.

—Hasta luego, Mabanga.

—Ten cuidado, querida niña.

—No te preocupes. Pronto me reuniré con tío Charlie y Simón, y no tardaremos en solucionar este asunto. Adiós.

* * *

—Hola —saludó la mulatita, entrando en el coche.

Se sentó junto a Charles Alan Pitzer, que la contemplaba con el ceño fruncido.

—Está loca —masculló—. ¿Acaso no se da cuenta del riesgo, que está…?

—¿Han localizado los pantalones?

—Ya le he dicho que sí por la radio. —Pitzer señaló la casita de una sola planta que se veía cerca de la esquina, al otro lado de la calle—. La señal viene de allí. Nos hemos asegurado. Pero no hay luz, parece que no haya nadie.

—Me aseguraré de eso. Ustedes…

—Oiga —rió Simón, al volante—: usted está preciosa de todas las maneras, Baby. Cuando la he visto caminando hacia aquí he pensado: «¡Mira qué linda mulatita!». Y luego resulta que es usted. Y como es tan deliciosamente bonita, no queremos perderla, así que entraremos con usted a esa casa.

—Bien hablado —aprobó Pitzer.

—Le agradezco mucho sus palabras, Simón —rió Cora—. Pero tengo otro trabajo para ustedes, mucho más delicado e importante: tienen que eliminar a un matrimonio negro.

—¿Cómo? —Respingó Pitzer.

—Lo que oye. Sólo sé de ellos que se llaman Doko y Diona Tibo, y qué el marido es delegado de cualquier país africano en la ONU. Localícenlos, elimínenlos. Al menos, oficialmente. Y la noticia tiene que salir mañana en los periódicos. Hay un detalle importante, tienen que ser hallados muertos víctimas del vudú.

—Por el amor de Dios… ¿De qué está usted hablando? —Casi gritó Pitzer.

—Se lo explicaré a ustedes en pocas palabras. Inmediatamente, se irán a cumplir mis instrucciones, con delicadeza y diplomacia, y yo me ocuparé de esa casa. Sin discusiones. ¿Está entendido?

Simón y Pitzer cambiaron una mirada de resignación.

—De acuerdo —suspiró Pitzer—. Está clarí…

—Entonces escuchen atentamente. Localizarán a los Tibo y…

Diez minutos más tarde Simón y Pitzer se alejaban en el coche, dejando sola, a pie, a la hermosa mulatita, en el borde de la acera, mirando hacia la casa de la cual brotaban las señales. Sólo tenía que cruzar la calle, dar la vuelta a la casa y entrar en ella.

Y lo haría tan sigilosamente que ni siquiera un gato podría oírla.

# Capítulo X

No había gato en la casa.

Ni hombres.

No había nadie. Pero sí había encontrado, sobre la silla de uno de los dormitorios, un traje masculino, en cuyos pantalones estaba todavía prendido el pequeño emisor que había clavado allí cuando simuló tropezar en el pasillo del pesquero. Recuperó el emisor, lo guardó en su sitio meticulosamente, y, no menos meticulosamente, se dedicó a registrar de nuevo la casa, en busca de algún indicio. No encontró nada. Absolutamente nada, al menos, que pudiera ser considerado como indicio.

Ni documentos, ni colillas de cigarrillos, ni llaves, ni dinero, ni revistas o periódicos o libros, ni armas… Nada interesante. Los trajes, ciertamente, eran de factura norteamericana, pero habían sido quitadas todas las etiquetas, igual de las camisas y demás prendas, y de los zapatos. No había en toda la casa absolutamente nada que pudiera dar la menor pista respecto a la personalidad o costumbres de sus ocupantes. Una casa que podía ser abandonada en cualquier momento con la plena seguridad de que nada importante se dejaba allí.

Lo cual, en definitiva, no podía ser más revelador para la agente secreto más experta del mundo.

—Espías —musitó—. Aquellos dos hombres son espías. Por lo tanto, también debe serlo Moise Blackburn. Pero… ¿espías negros? ¿Gente del Black Power? Demasiado profesionales, demasiado expertos… Han tenido que ser muy bien entrenados en alguna parte. Y… ¿para qué? ¿Qué es lo que realmente pretenden, qué están tramando?

Su mente se iba resistiendo, pero la verdad se iba iluminando más y más en ella, cada vez más velozmente. Tenía pocos indicios, pero los suficientes para que su cerebro, más bien una

computadora, fuese dando los resultados.

No podían ser otros.

Se sentó en uno de los sillones del *living*, tras apagar todas las luces, y se dispuso a esperar. Era lo único que podía hacer: esperar en aquella casita de Brooklyn.

* * *

Aproximadamente una hora más tarde, un coche se detenía delante de la casita, y dos hombres blancos se apearon. Uno de ellos cerró el coche y se fue detrás de su compañero. Llegó junto a él cuando ya había abierto la puerta, y ambos entraron. Uno cerró la puerta y el otro dio la luz. Ambos iban de *smoking* y parecían altamente satisfechos. El que había encendido la luz se volvió diciendo:

—El champaña siempre me…

Enmudeció. También su compañero estaba silencioso. Los dos se quedaron mirando a la mulatita que estaba sentada en un sillón, mirándolos amablemente. Ella sonrió, mostrando los bonitos y blanquísimos dientes con los que sostenía una boquilla de marfil y jade, pero sin cigarrillo en el extremo.

—Hola —saludó dulcemente—. Nos volvemos a ver, caballeros… ¿Se acuerdan de mí?

Al mismo tiempo, los dos hombres llevaron la mano derecha al respectivo sobaco izquierdo, y sacaron una pistolita, quedando ambas apuntadas a la mulatita.

—¿Qué hace usted aquí? —susurró uno de ellos.

—Moise me envía.

Los dos hombres cambiaron una velocísima mirada.

—¿Moise Blackburn la ha enviado aquí?

—Así es. Ustedes me: vieron en…

—La recordamos…

—Bien… La verdad es que no soy negra.

—Está bien: mulata. ¿Qué más da?

—Tampoco mulata. Vean.

Cora se pasó cuidadosamente las uñas por el rostro, arrancando el magnífico tinte que ya había usado en otras ocasiones. Mientras dejaba al descubierto su dorada piel de mujer blanca, sus ojos permanecían fijos en los de uno y otro hombre blancos que tenía

delante.

—¿No se sorprenden? —sonrió.

—No demasiado. ¿Qué ha venido a buscar aquí?

—Dinero.

—¿Moise la envía a buscar dinero?

—Así es.

—Ya le llevamos esta noche todo lo qué nos había pedido. Y no mencionó que fuese a necesitar más.

—Surgieron luego pequeñas dificultades.

—Ya… ¿Cuánto?

—Quinientos mil.

Los rostros de ambos hombres no sufrieron alteración ninguna. Miraban fijamente a la falsa mulatita, atentos sus ojos, duros, penetrantes.

—¿Para qué quiere esa cantidad?

—No se lo he preguntado.

—Es mucho dinero; no lo tenemos disponible ahora.

—Moise supuso que así sería. Por eso me dijo que si ustedes no podían entregármelo inmediatamente, fuese a pedírselo al jefe.

—¿Al jefe?

—Vamos, vamos… Ustedes visten *smoking*, se retiran tarde… Vienen de una fiesta, naturalmente. Incluso han bebido champaña. Está bien claro que vienen de una recepción. ¿Correcto?

—Correcto, desde luego.

—Una recepción en la que han visto al jefe. ¿Qué últimas instrucciones les ha dado?

—Escuche, usted pregunta demasiado, y, en definitiva, nosotros no sabemos quién es, así que…

—Me vieron en el pesquero…

—¿Y eso qué? Usted es nueva. Para nosotros, era una mulata, y Moise no nos dijo nada sobre usted en el sentido que ahora vemos, o sea, que es blanca. ¿De dónde salió usted? ¿Cómo llegó a hacer contacto con Moise?

—Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Eso no importa…

—¿Dónde prestó servicios antes?

—Ustedes van a tener que darle muchas explicaciones al jefe por

no decirme dónde puedo encontrarlo para pedirle dinero, que hace falta con urgencia para seguir con el plan.

—¿Qué plan? —sonrió uno de ellos.

—El nuestro.

—Explíquelo… si es que lo sabe realmente.

—Moise me lo contó, pero ahora…

—¿Moise le ha contado el plan? Eso requiere mucha intimidad entre ustedes, señorita… ¿O no? Y si es blanca, como estamos comprobando, no creo que usted haya aceptado esa… intimidad con Moise.

—¿Por qué no? Yo no tengo nada contra los negros, y precisamente por eso los estoy ayudando… ¿Acaso no está bien claro?

—Desde luego… Está clarísimo… Está clarísimo que usted no sabe nada de nada. Lo único que está haciendo es cometer errores desde que ha empezado a hablar.

—¿Errores?

—Y muy grandes. En primer lugar, Moise jamás enviaría aquí a nadie. En segundo lugar, tanto él como nosotros tenemos estrictamente prohibido hablar de las personas para las que estamos trabajando. En tercer lugar, no se trata de ayudar a los negros, ni mucho menos. En cuarto lugar…

—Estás hablando demasiado —cortó el otro—: matémosla. Ella es una espía que ha descubierto la jugada, así que terminemos con ella y larguémonos de esta casa.

—Espera. Que nos diga para quién trabaja ella —movió la pistola—. Ya ha oído: ¿para quién trabaja usted?

—Para la CIA: soy la agente Baby.

Los dos hombres blancos quedaron más blancos que nunca; como si su sangre se hubiese convertido en leche…, pero leche helada, desde luego. Su espanto fue tan grande, su sobresalto tan evidente, que no se podía dudar de que habían oído hablar de la espía más famosa del mundo… Y en cuanto la comprensión de la magnitud del peligro que estaban corriendo se hizo en sus cerebros.

Demasiado tarde.

La falsa mulatita había soplado en su boquilla, y uno de los hombres notó el pinchazo, levísimo, en su garganta. Pero ni siquiera tuvo tiempo de comprender que acababan de clavarle un diminuto

dardo impregnado de veneno fulminante… Olvidado de la pistola, llevó sus manos a la garganta…, pero ya cayendo hacia delante, muerto.

El otro pudo disparar, aunque sólo una vez. Y lo hizo gritando de espanto e incredulidad, porque, justo en el momento en que apretaba el gatillo, sabía que la bala no alcanzaría a Baby, pues ésta había saltado del sillón, hacia arriba y un lado, en una acrobacia asombrosa, con una rapidez de auténtico felino.

Efectivamente, falló el primer disparo.

Quiso disparar de nuevo, pero una pierna de Baby, que tras el salto había rodado por el suelo, salió disparada hacia arriba, en un espectacular golpe de capoeira, la temible lucha brasileña. El pie dio en la mano del hombre, arrancándole la pistola, enviándola hacia un rincón del *living*. Casi simultáneamente, la espía se erguía ante el hombre, que lanzó un bramido e impulsó su puño derecho hacia el rostro femenino, con una fuerza tremenda… Tanta fuerza que, al fallar el golpe, el impulso lo llevó hacia delante, perdiendo el equilibrio.

Se encontró de pronto sobre la espalda de Baby, notó la mano izquierda de ésta, como una tenaza, en su brazo, y, de pronto, la vio desaparecer debajo de él… Una fracción de segundo después, el hombre chillaba agudamente, mientras salía volando en dirección a la pared… Se dio de espaldas contra ella cuando estaba cabeza abajo. Toda la casa tembló bajo el formidable impacto, y el hombre, rebotando, cayó de cabeza al suelo.

Cuando, semiaturdido, quiso incorporarse, la pantera estaba encima suyo, sentada a horcajadas sobre su pecho. En la mano derecha, la pistola de su compañero, firmemente sujeta, clavándose en su garganta.

—Todos los espías deberían aprender judo —susurró fríamente Baby—. Además de ser un deporte noble y divertido, es muy útil. ¿Cuál es su nombre?

El hombre la miraba con los ojos muy abiertos. Estaba asustado, pero, por el súbito gesto de su boca, Baby comprendió que no estaba dispuesto a hablar. Con la mano izquierda, le quitó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta; la abrió y examinó la documentación. Con un gesto despectivo, la divina espía tiró la billetera a un lado.

—Usted no es americano —dijo—. ¿Cuál es su nacionalidad?

—Soy… americano…

—Tonterías. Todo lo más es un inglés que lleva algún tiempo en Estados Unidos. ¿Está trabajando para Inglaterra?

—No.

—¿Para quién?

—No le diré nada —jadeó el hombre—. ¡Nada!

—Solamente tiene que decirme para quién trabaja. Lo demás, ya lo sé. He terminado de comprenderlo todo cuando su compañero ha asegurado que no están tratando de ayudar a los negros, ni mucho menos. Pero sí están utilizando a algunos negros para conseguir sus propósitos. Les han pagado bien, han ideado todo eso de la magia negra… Buen plan. Muy bien elaborado, muy bien pensado. Pero a ustedes no les importa en absoluto lo que ocurra con los negros. Lo que quieren es conseguir provocar tal caos en la ONU que durante semanas o meses, ese organismo deje de funcionar, que… se cierren sus puertas. Quieren que la ONU esté inactiva durante una temporada… ¿Por qué? ¿Qué están tramando? ¿Quiénes han preparado este plan?

—No le diré nada…

—Pues es poco inteligente, colega. Puedo matarlo, ir a ver a Moise Blackburn y obligarle a que me diga él mismo quién le ha pagado a él y a otros negros para preparar todo esto. Algunos negros se han vendido. Por dinero, han aceptado toda esta farsa, han… creado las brujas de Harlem, han obligado a cinco mujeres a asesinar a sus maridos… Por dinero. Son unos negros que están traicionando a todos los demás. Pero eso no tiene importancia. Cole y Xoddam han recibido ya su merecido. Sólo quedan dos o tres, en el pesquero, y, especialmente, Moise Blackburn. Si no me dice usted lo que quiero saber, él lo hará. ¿Qué país ha organizado todo esto para que la ONU sufra un colapso de varias semanas o meses? ¿Con qué objeto? Si antes de cinco segundos no ha empezado a hablar, lo mato aquí mismo.

—Déjeme… Déjeme levantarme… Tengo… tengo que beber algo…

—De acuerdo. Pero tenga cuidado, no es fácil sorprenderme a mí. Vamos, arriba…

Ella se incorporó, despacio, sin perder de vista a su prisionero,

especialmente cuando pasó una pierna por encima de su cuerpo, para quedar de pie a su lado. El hombre se puso a gatas, haciendo grandes gestos de dolor, pues el porrazo había sido terrible, ciertamente. Puso una rodilla en el aire, todavía la otra en el suelo, y apoyó las manos delante de él para ayudarse… a salir disparado con tremenda fuerza hacia Baby, con la cabeza por delante. Y con la cabeza golpeó a Baby, en pleno vientre, tan fuertemente que la derribó de espaldas, y él, siguiendo el impulso cayó sobre ella, igual que un oso, rodeándola con los brazos, estrujándola, haciendo crujir sus costillas cuando la aplastó contra el suelo con todo su peso.

Inmediatamente, las manos del hombre subieron hacia la garganta femenina, apretando en el acto, con fuerza…, mientras, entre su cuerpo y el de Baby resonaba un chasquido ahogado, aún menos audible que un disparo efectuado con silenciador. El hombre lanzó un aullido, que se convirtió pronto en gemido, al recibir la bala en el vientre. Se relajó en seguida, y Brigitte se lo quitó de encima con un simple giro de su cuerpo apoyado en el suelo solamente por los hombros. El hombre quedó tendido de lado, desorbitados los ojos, gimiendo, ambas manos crispadas en el vientre.

—Se lo advertí —jadeó Baby—. ¡Se lo advertí!

—Me… muero… me… me… m-m-m… muero…

—¿Quién ha organizado el plan contra la ONU…? ¿Quién…? ¿Qué país? ¿Por qué quieren que la ONU esté sin funcionar durante unas…?

Baby se calló bruscamente, y en su rostro tiznado apareció una expresión sombría. Ya era inútil seguir haciendo preguntas. Al menos, a aquel hombre.

Solamente le quedaba Moise Blackburn.

# Capítulo XI

Moise Blackburn, hecho un fantasmón, la recibió en el mismo camarote de la noche anterior. En la rojiza luz, sus ojos eran apenas dos chispas que iban de Mabanga a Cora y viceversa. En el suelo, junto a él, había varios periódicos.

—¿Qué dices que le ha pasado a Cole?

—No le ha pasado nada —sonrió Cora—. Anoche nos dejó en la casa cerrada, y se fueron él y Xoddam. Esta noche han venido a buscarnos, nos han dejado junto al río diciéndonos que hiciésemos nosotras la señal del cigarrillo, y se ha ido en el coche, con Xoddam.

—¿Por qué?

—No lo sé… Dijo que vendría aquí después de que terminásemos la sesión de hoy. No me dio más explicaciones.

—Pues me las tendrá que dar a mí —dijo secamente Blackburn —. Y será mejor para él y para Xoddam que sean buenas. Pero dejemos eso, por el momento… He leído algunos periódicos, y… Bien: ¿cómo lo hicisteis?

—¿El qué?

—¡Oh!, vamos —gruñó Blackburn—. La noticia está bien clara en todos los periódicos, Cora: Doko y Diona Tibo fueron hallados muertos esta mañana en su domicilio privado, fuera de la embajada de su país. Y ambos estaban muertos en… extrañas circunstancias. Un periodista consiguió una fotografía, y la ha vendido a todos los periódicos de Nueva York. ¿No queréis verla?

—Ya la hemos visto —sonrió Cora.

—De acuerdo —gruñó de nuevo Blackburn—. ¿Cómo lo hicisteis?

—Vudú —susurró Mabanga.

Los pequeños ojos de Moise se clavaron en ella.

—Mabanga, no quiero tonterías con esto…

—Pues no preguntes tonterías —replicó secamente Mabanga.

Moise parpadeó. Estuvo silencioso unos segundos. Por fin, su encapuchada cabeza se movió en gestos afirmativos.

—Muy bien —admitió—. Está hecho, y eso es lo importante. Pero supongo que no habréis dejado pistas de ninguna clase. No, no, no… Ya hablaremos más detenidamente de esto luego, ahora no hay tiempo para explicaciones. Sólo quiero que sepáis que si habéis hecho algo mal, seréis las primeras en pagar las consecuencias.

—No parece usted satisfecho.

—Lo estaré más cuando sepa cómo han ido las cosas, pero queda bien claro que querré explicaciones sensatas. Ahora, id con las otras brujas, pues las visitas comenzarán a llegar pronto.

—Y es de suponer que ellas también habrán leído los periódicos, de modo que las tenemos prácticamente dominadas, Moise. ¿No cree?

—Así parece. Veamos qué tal hacéis vuestro trabajo hoy, sacando partido a las muertes de los Tibo…

Aquella noche, en el pañol del barco, había más visitantes que nunca, todas silenciosas, ocupando los bancos, estremecidas de miedo, y, al mismo tiempo, de un extraño y morboso placer ante el poder demostrado por la bruja Mabanga, que ocupaba majestuosamente su sitio, mientras las demás, sentadas a ambos lados de ella y un poco atrás, la miraban con expresión siniestramente complacida… Las viejas y falsas brujas de Harlem estaban convencidas de que, por primera vez, tenían el placer de contar con una auténtica gran bruja, y la habían recibido con ritos y el sacrificio de un gallo, implorándole que las convirtiera a ellas también en verdaderas brujas, para reinar en Harlem si ella se iba alguna vez. Y desde Harlem, toda Nueva York. Luego Estados Unidos, toda América… ¡El mundo entero para los negros!

Cora permanecía silenciosa en su sitio, delante del fuego, pero aquella noche no había colocado sus brazos encima de las llamas. Parecía una estatua.

En su sitio, en el rincón, Moise Blackburn alzó los brazos, por fin, cuando el silencio era tan absoluto que podía acaparar la atención de todas las mujeres. Y todas las miradas, excepto las de Mabanga y su nieta, se clavaron ávidamente en él.

—Todas conocéis ya la noticia —susurró Blackburn—. La mujer que se negó a cumplir su cometido ha muerto. También su esposo.

Mabanga les envió la maldición del vudú, para salvarnos a los demás de recibir en nuestros cuerpos espíritus malignos…

—Mabanga es una bruja —dijeron a coro las brujas de Harlem —. Mabanga es una gran bruja, y no hay más bruja que Mabanga…

—Silencio —alzó de nuevo los brazos Blackburn—. Todos estamos agradecidos a Mabanga, pero tenemos que seguir adelante. Nuestra misión no puede ser abandonada ni retrasada. Mabanga va a concentrarse ahora y señalará a las que, a partir de esta misma noche, deberán convencer a sus esposos para que hablen en la ONU en favor de los negros de Estados Unidos. Escuchemos todos a Mabanga.

Todas las miradas se volvieron hacia la gordísima negra, que permaneció impávida, en silencio, nada menos que durante dos minutos. Ni siquiera se oía una respiración. Las llamas creaban una bonita danza en el recipiente de cobre, y provocaban sombras asimismo bailarinas en el casco del pesquero.

Cuando por fin sonó la voz de Mabanga, hubo un estremecimiento general:

—Mabanga va a llamar a los espíritus ahora, para pedirles que confirmen las revelaciones de esta noche. Unas revelaciones que me llenaron de ira, y que tengo que comprobar antes de aplicar el castigo a quien lo merece. ¡Mabanga pide comunicación!

Miró a su nieta, que enderezó el bonito busto, marcándolo en el sayal blanco de la pureza. Cora cerró los ojos, quedó inmóvil, silenciosa.

Y de pronto, comenzó a emitir aquellos extraños sonidos que nadie podía entender, excepto Mabanga.

—¡Esta noche quiero que todos os entiendan por boca de mi nieta! —pidió—. ¡Hablad en el idioma de este país, que todos entendemos bien! ¡Hablad en inglés, os lo suplico!

Cora se agitó, estuvo todavía unos segundos emitiendo aquellos sonidos ininteligibles, pero, de pronto, para admiración de las brujas de Harlem y de sus visitantes, sus palabras comenzaron a fluir en nítido inglés, clarísimas, perfectamente audibles:

—Hay en esta reunión —hablaron los espíritus por boca de la mulatita— un espíritu maligno, metido en un cuerpo. Se os están pidiendo sacrificios y muertes que no beneficiarán nunca a los negros… Todo es mentira. Escuchad bien esto: no se busca el

beneficio de los negros americanos cuando se os pide que habléis en la ONU en su favor. Lo que ese espíritu maligno quiere conseguir es que los diplomáticos negros ocasionen un colapso en la ONU, para que este organismo esté semanas, quizá meses, sin funcionar. Esos son los planes de un país que ha enviado agentes a Estados Unidos, para provocar ese colapso en la ONU, con el fin de obtener beneficios para ese mismo país, no para los negros. Los negros son despreciados por los hombres que están dirigiendo este complot, y por eso, no les importa que mueran algunos de los mejores. Han muerto ya cinco: suficientes. Pronto, sus esposas volverán a sus casas en África, y allá llorarán para siempre, amargamente, la acción que cometieron, el asesinato del hombre que amaban. Han muerto cinco negros, y cinco negras tienen ahora muertos sus corazones. Ya no más. Que los negros sigan luchando para conseguir todos sus derechos humanos… Pero sin muertos: con la inteligencia, con el corazón lleno de bondad y perdón, no con armas y con odio. Volveréis a vuestras casas, les contaréis esto a vuestros maridos, y ellos lo contarán al mundo. Recordad lo que tenéis que contar a vuestros maridos: un país, enemigo de Estados Unidos y de los negros, ha organizado este plan, sacrificando negros, usándolos como pantalla sólo para conseguir que la ONU sea un organismo de discordia, y se cierre durante semanas o meses. Algo traman, algo quieren, algo persiguen… Y no es nada bueno, para nadie, salvo para ese país. Esto es todo. Podéis marchar en paz…

—Un momento —pidió Mabanga—. Decidnos quién es el espíritu maligno que nos ha estado engañando.

Uno de los brazos de Cora se alzó. Su torso giró levemente. Su dedo índice señaló directa, inconfundiblemente, hacia Moise Blackburn, que parecía petrificado.

Al verse señalado, lanzó un respingo, se puso en pie de un salto, y en sus manos enguantadas en negro apareció una imponente pistola provista de silenciador.

—¡Maldita bruja! —aulló—. ¡Te voy a…!

Apuntó a la tensa Cora, pero anticipándose a su disparo, Mabanga hizo un gesto furioso contra el fantasmón, lanzando un grito horrible, y como impulsadas por un resorte, las seis brujas saltaron de sus sitios, abalanzándose hacia Blackburn, mientras que, «favorecida por los espíritus benéficos», la mulatita daba un

prodigioso salto y su manita derecha se hundía en el escote del sayal; sus dedos tocaron la pistolita de cachas de madreperla, pero se retiraron en seguida, porque las brujas de Harlem habían caído sobre Moise Blackburn, a pesar de que éste había disparado dos veces, abatiendo a otras tantas ancianas negras, que gimoteaban en el suelo. Las otras cuatro lo derribaron, le quitaron la pistola, comenzaron a arañarle…

—¡Quietas! —gritó Mabanga—. ¡Sujetadlo solamente!

El menudo Blackburn rugía y daba tirones en el suelo, pero las cuatro brujas que tenía encima estaban poseídas de una fuerza de locura, y estaba claro que no iba a conseguir soltarse. Mientras tanto, Cora había recogido la pistola de Blackburn, y se colocó junto a él, mirándola irónicamente.

—No acrecientes la ira de los espíritus —dijo—. Permanece quieto, y todo terminará razonablemente bien para ti. Y ahora, para que nadie tenga dudas de lo que los espíritus han dicho por mi boca…

Acercó su manita izquierda, dio un tirón y arrancó la capucha. Una exclamación de asombro escapó de los labios de las visitantes, mientras las brujas de Harlem, que ahora eran seis, ya que las dos heridas se habían volcado sobre Blackburn, y lo arañaban y pellizcaban mientras gemían su dolor, gritaban horrendamente, presas de un terrible furor…

—¡Quietas! —ordenó de nuevo Mabanga—. Sujetadlo mientras nuestras visitantes se van en paz. Ese hombre blanco tendrá el juicio que merece: se lo haremos las brujas de Harlem.

Las visitantes tardaron todavía en salir de su estupor al ver a Moise Blackburn sin capucha, y comprobar que, en efecto, el hombre que ellas habían creído negro, era un blanco de cabellos rojizos. El estupor era tal que Cora tuvo que acercarse a los bancos y chascar los dedos ante los ojos de las mujeres negras.

—Ya veis que os han engañado. Ahora, volveréis a vuestras casas y contaréis todo lo que habéis visto. Venid conmigo.

Se dirigió a la puerta, la abrió…, y un nuevo murmullo creció en el pañol, al ver ante la puerta, en actitud de impaciente espera, a un atlético hombre blanco, pistola en mano.

—Venid —sonrió Cora—. No tengáis miedo. Ellos son amigos. Y vosotras, brujas, no soltéis a ese hombre.

Salió la primera, seguida por las visitantes. Subieron a cubierta, donde un hombre menudo se les acercó rápidamente.

—¿Todo bien? —musitó.

—Todo, tío Charlie. ¿Le costó mucho tomar el pesquero?

—En absoluto. Utilicé el gas, tal como usted me sugirió, y se durmieron todos; son cuatro negros en total. En la cárcel les…

—No. Los soltaremos después de explicarles la verdad y que ellos hagan correr la voz del fraude que les estaban haciendo unos espías auténticos y unas falsas brujas. ¿Está lista la lancha grande para llevar a estas señoras a Manhattan?

—Sí. Tengo a un hombre en ella; la vamos remolcando.

—Bien. Ellas ya saben lo que ha ocurrido. Todo quedará explicado —miro sonriente a las desconcertadas y estupefactas mujeres—. Nosotros somos de la CIA, señoras. Díganlo así a sus maridos, y ellos comprenderán todo, y acabarán de darles las explicaciones que precisen.

—Pe… pero Mabanga es… es…

—Es una agente de la CIA simpática, ¿no es cierto? —rió la divina mulatita—. Todo son trucos bien estudiados: ventriloquia, lanzamiento de pequeños petardos en cápsulas absolutamente combustibles, poder de sugestión… Oh, vamos, vamos… No vuelvan a cometer tonterías de esta clase. No existen las brujerías, ni las brujas, ni esos poderes mágicos…

—Pero los Tibo murieron…

—No. Fue un truco de la CIA para confiar a Moise Blackburn a fin de que esta noche yo pudiera desenmascararlo delante de todas ustedes. ¿Lo entienden? ¿Lo entienden todas?: unos espías que tenían como misión, utilizando como cómplices a negros y negras sin escrúpulos, boicotear a la ONU.

—Pero ¿quién? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Eso nos lo dirá pronto Moise Blackburn… Pero no a ustedes. Lo lamento, pero su información pasará directamente al archivo secreto de la CIA. Vuelvan a sus casas y olviden la magia. No existe. Sean honestos y tenaces, orgullosos de su raza y sigan trabajando: ése es el único camino para los negros…, y para cualquier raza del mundo. No hay superiores absolutamente; no hay inferiores absolutamente. Sólo hay seres humanos, mejores o peores, pero… la piel no tiene nada que ver en esto. Adiós.

Las atónitas y maravilladas mujeres negras fueron ayudadas a abandonar el pesquero ocupado por agentes de la CIA. Pasaron a la lancha y el agente que había en ésta la gobernó inmediatamente hacia las luces de Manhattan, directo hacia Battery.

—Bien —musitó Pitzer—. Han salido bien libradas, algunas. No dudo que este asunto será expuesto airadamente en la ONU por sus maridos.

—Pero no tendrán a quien acusar concretamente. Quizá convendría que nuestros delegados dijeran el nombre del país que ha estado pagando a Moise Blackburn, o como se llame, y a sus dos cómplices que tuve que matar anoche.

—Ya decidirán eso en Washington. Ahora, vamos a por Blackburn. Tengo ganas de… ¿Qué pasa? —Respingó Pitzer.

El agente que había quedado abajo había aparecido en cubierta como disparado por un cañón. Su rostro estaba lívido, desencajado, y sus ojos desorbitados por el más puro espanto.

—Las brujas —jadeó—. ¡Las brujas de Harlem! ¡Están haciendo pedazos a Blackburn! ¡No me he atrevido a disparar contra ellas, y lo están despedazando como…!

Brigitte y Pitzer no le escuchaban ya. Ambos se habían lanzado escaleras abajo, llegaron a toda prisa al pañol, se abalanzaron hacia las brujas, las apartaron rudamente…, y retrocedieron un paso, demudados sus rostros ante lo que estaban viendo, lo que quedaba de Moise Blackburn.

Baby se había arrodillado junto a Blackburn, y consiguió tomarle el pulso sin mancharse de sangre. Miró a Pitzer, tragó saliva, y movió negativamente la cabeza.

—Ha muerto.

—Es horrible… ¡Y nos quedamos sin saber qué país organizó todo este maldito plan!

—Quizá sea mejor así —susurró Brigitte—. Ya hay suficientes tensiones en el mundo, para agravar la situación con otra. Bien… Llevaré a Mabanga hasta el avión que la devolverá a Antillanie, tío Charlie. Usted ocúpese de las brujas de Harlem… y de todo lo demás. Vamos, Mabanga.

—¿De verdad no pudiste impedirlo? —sonrió desganadamente Baby.

—Yo no te miento a ti —sonrió Mabanga—. Las brujas de

Harlem lo juzgaron y fue condenado a dejarlo sin ojos, sin lengua, sin…

—Sí, sí —cortó Brigitte, estremeciéndose—. No debí dejarlas solas con él, con un hombre blanco que se había burlado de ellas, y que estaba engañando a todos los negros del mundo… Bueno: ¿de verdad no quieres quedarte unos días más, como invitada mía?

—¿Tú me necesitas?

—Pues… no. Necesitarte, no, pero…

—Entonces me vuelvo a mi isla. Hace mucho frío aquí, querida niña. Y no se ve bien el sol.

Brigitte adoptó una expresión sombría mientras miraba a su alrededor. El avión que se llevaría a Mabanga estaba listo, con el Simón de turno esperando ya en la cabina… Y alrededor de ellos, bajo la espesa niebla, un frío tremendo, un día triste, capaz de hacer naufragar el ánimo más templado y alegre.

—Tienes razón —acabó sonriendo—. Si yo pudiera, también me iría a Antillanie.

—No, no —dijo Mabanga—. No puedes venirte ahora conmigo, querida niña.

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Brigitte.

—¿Le diste los polvos a tu tío Charlie?

—Sí, claro… Ya veremos cómo le sientan.

—Os enviaré algunas cabras y cerdos, y gallinas. ¿Cuál es la dirección?

—Central de la CIA, Langley, USA —rió Brigitte—. ¡Eso sí que me gustaría verlo! Pero, Mabanga, no seas tonta: quédate para ti, tus hijos y tus nietos, el dinero que encontramos en el pesquero. Ya te dije que era para todos vosotros…

—Eres muy generosa, mucho. Bueno, adiós…

—¡Ahora me sales con prisas! —protestó Brigitte—. ¡Haz el favor de decirme por qué no puedo yo tomar ese avión contigo!

—No serías inteligente, niña. Tendrás una visita. Una visita que vale más que Mabanga, y más que el sol del Caribe. Y Mabanga estará a tu lado cuando, antes de que pasen diez plenilunios, tú seas madre…

—¡Por Dios! —rió Brigitte—. ¡Qué manía te ha entrado con eso de los hijos, Mabanga! Pero, en fin, no me deseas nada malo, ciertamente. Dime una cosa: ¿qué visita será ésa y cuándo llegará?

—Mabanga se va. Adiós, querida niña.

La abrazó, hundiéndola entre sus descomunales senos, y la besó ruidosamente en ambas mejillas. Luego, como un gran globo negro que milagrosamente se encoge y se infla, consiguió subir y entrar en el avión. Desde la ventanilla, miró a Brigitte, que estaba con el ceño fruncido, pero que acabó sonriendo, y tirándole besitos con los dedos.

Antes de que el aparato empezase a rodar por la pista, todavía vio a Mabanga, muy seria, mirándola por la ventanilla, y haciendo gestos cabalísticos con las manazas, enviándole toda clase de bendiciones…

¡Bah!

Lo cierto era que ella quedaba sola una vez más. Era el último día del año mil novecientos setenta. Y no sentía deseos de nada… Es decir, de casi nada. Pasaría el día encerrada en el Morning News, escribiendo toda aquella historia de las brujas de Harlem, y al día siguiente, en gran exclusiva y con profusión de escalofriantes fotografías, Miky Grogan se daría el gustazo de conseguir la envidia de todos los diarios del mundo. Claro que no firmaría la serie de artículos con su nombre, sino con el seudónimo habitual para aquellos casos… Sí, eso haría. Trabajaría, se olvidaría de todo, y, mientras Miky Grogan, aquella noche se subiría por las paredes de alegría al tener en sus manos el primer artículo, ella regresaría a su apartamento.

Aunque podía aceptar alguna de las muchas invitaciones que tenía… O esperar alguna nueva. ¡Claro! ¡Eso debía haber querido decir Mabanga!

# Este es el final

Pero no.

Nada nuevo había sucedido. Y se sentía tan cansada, y sobre todo tan deprimida, que, definitivamente, decidió olvidar todas las invitaciones que tenía, y despedir el año sin fiestas ni jolgorios. Tomaría un par de copitas de champaña con guindas, charlaría con Peggy, acariciaría las orejas de *Cicero*…

Pues tampoco. Tampoco, porque cuando llegó al Crystal Building, el conserje, el viejo Pete, que tampoco estaba, le había dejado una nota en el buzón:

> *Peggy me dijo que se iba con* Cicero *a visitar a su madre, pues no sabe si usted vendrá. Estoy divirtiéndome con mis nietos. Feliz Año Nuevo.*
>
> *Pete.*

Poco después, definitivamente desalentada, entraba en su lujoso y confortable apartamento. Dejó el abrigo de piel, cerró el office, dio un par de pasos… y se detuvo, en seco. Su mano fue hacia el muslo izquierdo, pero, demasiado tarde, recordó que no llevaba la pistolita. No llevaba arma, alguna.

Y había alguien allí, en su apartamento, estaba segura.

Abrió de nuevo el office, sacó un paraguas y lo blandió como una espada. Lo pensó mejor y lo blandió como una lanza. Si lo tiraba con fuerza podía clavarlo en cualquier pecho o garganta. Quien pensase pillar desprevenida a Baby o era un loco, o…

Cuando entró en el *living,* listo el paraguas para ser lanzado mortíferamente, el hombre que estaba en el bar, dándole la espalda, se volvió, agitando suavemente una coctelera. Era altísimo, de ojos negros como el miedo, atlético, varonil, y vestía con una elegancia y naturalidad sobrecogedora un estupendo *smoking*.

Sin sonreír, sin dejar de agitar la coctelera, dijo:

—Estarán listos en un segundo. Sin hielo, sin limón, sin nada. *Martinis* secos. Peggy dejó la cena en la cocina, yo me permití traer unas guindas para tu «Perignon 55»… Oh, bien… Espero que no tengas ningún compromiso esta noche…

El paraguas había caído al suelo, y la agente Baby parecía a punto de caer también. Su rostro dorado se había llenado de calor y de color, su sangre circulaba a velocidad prohibida, sus ojos relucían como soles azules en un firmamento dorado… En un segundo, todo su panorama había dado la vuelta.

El sin par espía Número Uno se acercó a ella, con un vaso de *martini* en cada mano, y le puso uno entre los deditos.

—Me encontraba solo en Villa Tartaruga, y pensé que no te molestaría mi presencia. Pero… puedo marcharme, si tienes compromiso.

Brigitte movió negativamente la cabeza.

—Si lo prefieres, podemos salir a pasear por ahí. Cenamos en cualquier sitio, y…

Brigitte estaba moviendo negativamente la cabeza.

—Bien… ¿No tienes nada que decir?

Brigitte movió negativamente la cabeza. Le quitó el vaso a Número Uno, y los dejó los dos en una mesita. Luego se abrazó a él, y se le quedó mirando, fijamente, en silencio. Número Uno tenía la impresión de que de un momento a otro se iba a hundir para siempre en aquel par de pozos inmensamente azules y bellísimos. Tragó saliva, lentamente, antes de preguntar:

—¿Estás contenta de verme?

Baby movió la cabeza en sentido afirmativo, con grandísima energía, y su boquita se entreabrió, sonrosada, dulce, fresca… Número Uno volvió a tragar saliva, y susurró, cada vez con menos voz:

—Feliz Año Nuevo…

Y cuando se inclinó hacia aquellos labios pensó que la vida sólo merece ser vivida en ciertos momentos.

**FIN**